



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Teatro chino

Brigitte debe viajar a un país sudamericano y robar allí el contenido de un portafolios. Sólo el contenido, sin llevarse el portafolios. Para ello, contará con la ayuda de un agente doble que trabaja para la CIA y para el Servicio Secreto Chino.



Lou Carrigan

Teatro chino

Brigitte en acción - 218

Archivo Secreto - 182

ePub r1.0
Titivillus 22.04.2019

Lou Carrigan, 1976
Diseño de portada: Benicio
Diseño portadilla VI Aniversario: Moroco

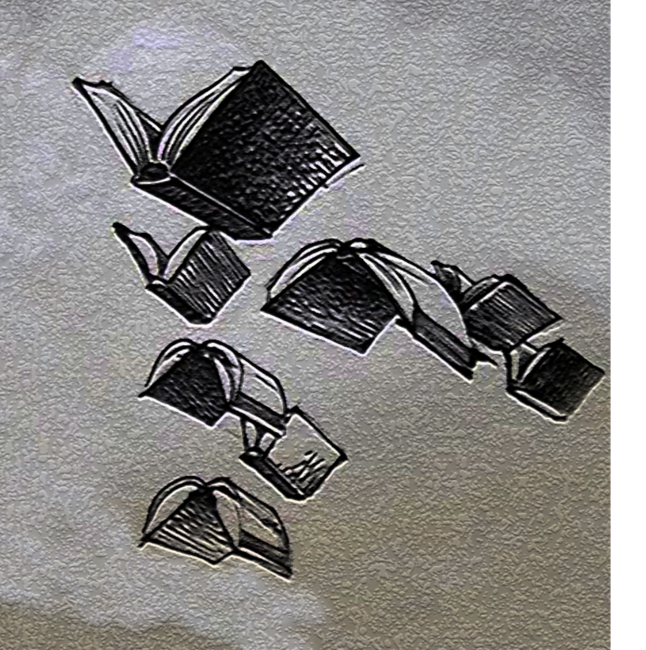
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

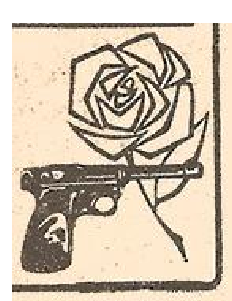


Edición conmemorativa

epublibre

6º ANIVERSARIO





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Míster Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, alzó la cabeza cuando sonó la llamada a la puerta de su despacho en la Central, en Langley. Al mismo tiempo, apretaba un botón del tablero de mandos que tenía sobre la mesa. Afuera se encendió la lucecita verde, autorizando la entrada.

La puerta se abrió y apareció un hombre alto y rubio, muy sonriente.

—El helicóptero está llegando, señor —dijo—. Aterrizará dentro de cinco minutos.

—Gracias.

Cavanagh se puso en pie, fue hacia el armario, sacó la chaqueta y se la puso con gesto pensativo. Una vez más iba a ver a Baby, la agente estrella de la CIA, la niña mimada… y la más eficaz e implacable espía del mundo.

Y no se sentía demasiado feliz, ésta era la verdad. Se la imaginaba perfectamente haciendo su trabajo de periodista en el *Morning News* de Nueva York, a las órdenes de Miky Grogan, y disfrutando de la amistad de todos sus compañeros de periodismo, especialmente del chiflado de Frank Minello. Sí… Aquélla era una vida apacible y amable para la agente Baby, cuando utilizaba su verdadero nombre: Brigitte Montfort, la magnífica periodista ganadora del Premio Pulitzer, famosa en el mundo entero.

Pero cuando la señorita Montfort tenía que salir de Estados Unidos, cuando se convertía en la agente Baby, la vida dejaba de ser amable y pasaba a ser una simple apuesta contra la Muerte. Hasta el momento, Baby había ganado siempre la apuesta, pero cualquier día… Bien, todos perdemos una apuesta alguna vez. En más de una ocasión, míster Cavanagh había propuesto a los directivos de la CIA prescindir de una vez por todas de los servicios de Brigitte Montfort,

dejarla descansar, que viviese en paz el resto de su vida… Le habían replicado que estaba loco. ¿Prescindir de una agente como Baby? ¡Estaba loco!

Pero no era esto lo peor, sino que la propia Baby, pese a los terribles momentos que había vivido, a las mentiras, a los desengaños, a los momentos verdaderamente crueles y desesperantes que había vivido, era la primera en querer continuar, en querer seguir adelante… Como en esta ocasión: él la había enviado a buscar, y ella, simplemente, acudía. Y así seguiría hasta que diese… el último paso.

Movió la cabeza, se volvió hacia la puerta, y alzó las cejas al ver todavía allí al atleta sonriente y rubio.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo más, Pines?

—He sido delegado para la recepción esta vez, señor…, si usted me autoriza.

—Desde luego —murmuró Cavanagh—. Iremos juntos.

—Gracias, señor.

Diciendo esto, el agente Pines mostró el brazo que había mantenido a la espalda, y Cavanagh vio entonces el hermoso ramo de rosas rojas. Pasmoso. Ciertamente, en la CIA no se dedicaban al cultivo de rosas, pero, de un modo u otro, cada vez que los Simones se enteraban de que Baby iba a llegar a la Central, las conseguían, aunque sólo fuese una rosa. Siempre roja. Y uno de ellos era delegado para ir a entregárselas a Baby en nombre de todos… «De todos los Simones del mundo», decían. Cualquiera que fuese el nombre de un agente de la CIA, Baby le llamaba Simón. Simplemente, Simón.

Salieron los dos del despacho, recorrieron los relucientes pasillos, cruzaron puertas… Cuando salieron del edificio ya se oía el rumor del helicóptero, y Cavanagh y Pines miraron hacia el cielo, hacia el norte. Allá estaba el helicóptero azul y blanco. Apresuraron el paso hacia la zona de aterrizaje, cubierta de denso césped. No se levantaría ni una mota de polvo cuando se efectuase el aterrizaje.

Y así fue. El césped pareció, por unos segundos, un extraño mar rizado por el viento de las grandes aspas, que por fin se detuvieron. Cavanagh y Pines reanudaron la marcha hacia el helicóptero, del cual acababa de saltar el piloto, y tendía los brazos hacia la abertura de la portezuela.

Brigitte Montfort, alias Baby, apareció, aceptó la ayuda, y cuando el piloto la dejó sobre el césped lo besó en ambas mejillas y dijo algo que hizo reír al hombre. Luego, miró hacia los que caminaban hacia ella, y sonrió.

—Dios santo… —susurró Pines—. ¡Qué hermosa es, señor!

Cavanagh no se molestó en contestar. ¿Hermosa? Bien, sí, físicamente era hermosa: un metro setenta, un cuerpo elegante, escultural, perfecto, sugestivo, y un rostro bellísimo adornado con largos cabellos negros, suavemente ondulados. Un rostro que inspiraba asombro, incredulidad, alegría de vivir, simpatía, afecto… La boquita sonrosada, con el labio superior ligeramente alzado por el centro, todavía recordaba la expresión de una niña dulce y encantadora; la barbilla, con aquel hoyuelo vertical en el centro, era quizá un poco desconcertante, porque parecía delicada y, al mismo tiempo, daba una sensación de extraordinaria firmeza. Y los ojos…

Los ojos, tan grandes, tan azules, tan llenos de luz, era un espectáculo que ningún hombre podía cansarse de contemplar. Reflejaban dulzura, amor, bondad… Pero míster Cavanagh había visto aquellos mismos ojos con muy diferente expresión: helados, fríos, como auténticos pedazos de hielo azul. Y había visto aquellas manitas sosteniendo una pistola, disparando, matando sin piedad alguna…

—Sea bienvenida —murmuró míster Cavanagh al llegar ante Brigitte, tendiendo la mano.

Ella le miró como sorprendida, alzando las cejas. Luego, ignorando la mano, le abrazó, y le besó en ambas mejillas.

—Sea bien hallado —rió—. ¿Por qué esa cara de funeral?

—Tengo trabajo para usted.

—Bueno, ya imagino que no me ha llamado para, jugar al *bridge*, señor. ¡Oh! ¡Dios mío!, ¿quién es este muchacho tan guapísimo? ¡Y qué rosas tan hermosas…!

El agente de la CIA siguió la broma, sonriendo de oreja a oreja, y tendiendo el ramo de rosas.

—Me llamo Simón, y las rosas son para usted.

—¡Pero si es encantador…! ¿De verdad son para mí?

—Y si no le parecen dignas de usted, me las como.

—¡De ninguna manera…! —Las olió—. ¡Me encantan las rosas rojas! ¿Ha dicho que se llama Simón?

—Sí, Simón.

—Simón, Simón, Simón… ¡Me suena ese nombre!

El agente de la CIA se echó a reír, pero la risa se le cortó en seco cuando Brigitte Montfort le echó los brazos al cuello, con las rosas en una mano, y lo besó. Luego, se volvió hacia el piloto del helicóptero, que le tendía un maletín rojo con florecillas azules, lo tomó, miró alrededor y exclamó, alegremente:

—¡Hogar…, dulce hogar!

Cavanagh consiguió sonreír un poco. Miró a Pines y masculló:

—Cuando despierte, y puesto que ha cumplido su misión, puede volver a su trabajo, Pines.

—¿Eh…? Oh, sí… ¡Sí, señor!

—Vamos a mi despacho, Baby.

Ella sonrió a Simón, caminó irnos pasitos junto a Cavanagh, se volvió y tiró besos con las rosas a los dos hombres, que parecían estatuas junto al helicóptero. Luego, siguió caminando junto al renqueante míster Cavanagh, cuya herida en la cadera jamás podría ser reparada totalmente.

—¿Algo importante, señor? —preguntó.

—No lo sé. Pero, desde luego, no será fácil. Supongo que conoce usted San Santo.

—Claro. Es ese país sudamericano con costa en el Pacífico, ¿no?

—Exacto. Tiene que ir allí, robar el contenido de un portafolios y… volver.

—¿Tengo que ir a San Santo para robar un portafolios? —se sorprendió Baby.

—Debe robar *el contenido* de ese portafolios, nada más.

—¿Y por qué no el portafolios?

—Para robar un portafolios de cualquiera manera, ya tenemos agentes capacitados. Si se tratase de eso no la habríamos llamado a usted, naturalmente. Ya hemos aprendido a no utilizarla en tonterías, Brigitte.

—Muchas gracias. Pero de todos modos, no me parece una misión demasiado interesante. ¿O sí lo es?

—La misión resultará interesante o no, según lo que contenga el portafolios, sobre lo cual no estamos informados con la conveniente exactitud. Además, tenemos problemas respecto a la identificación de su portador. Y, por último, supuesto que solucionemos este

problema, queda el más importante: parece ser que para robar el contenido de ese portafolios sólo podrá usted disponer de ocho o diez segundos.

—¡Zambomba, como diría Frankie…! ¡Eso ya empieza a ser interesante, señor! ¿No tenemos ni siquiera una ligera idea de lo que puede contener el portafolios?

—No es fácil saber lo que piensan los chinos y, por tanto, lo que pueden tramar.

—Oh… ¿Así que, de nuevo, voy a enfrentarme a mis viejos amigos los chinos?

—Me temo que sí. Pero será mejor que lleguemos a mi despacho para explicárselo todo mejor.

—¿A cuánto estoy cotizada actualmente por el servicio secreto chino? —sonrió Brigitte.

—No lo sé. Pero no se preocupe —añadió con forzada sonrisa Cavanagh—. Su cabeza es siempre un valor en alza.

Poco después se sentaban ambos en el despacho de Cavanagh, que tomó un sobre y sacó una fotografía grande, tendiéndola a la divina espía. Ella miró el rostro de aquel hombre. Un tipo vulgar, de unos cuarenta años, ni feo ni guapo, que no parecía ni tonto ni listo… Ojos oscuros y pequeños, boca pequeña, orejas grandes, cabellos largos. Tan insignificante que lo único que se podía decir de él era que tenía una pequeña cicatriz bajo el pómulo derecho. Brigitte asintió, y Cavanagh supo que ella jamás olvidaría ya aquel rostro.

—Se llama Eulalio Urrea, vive en Santoña, la capital de San Santo, y tiene mujer y un hijo de nueve años, al que llaman Lalito… Supongo que de Eulalito, o algo así, ¿verdad?

—Podría ser… —sonrió Brigitte.

—Bien. Eulalio Urrea trabaja para los chinos… y para nosotros. En realidad absoluta, para nosotros. Ya sé, ya sé… —se apresuró a añadir—. A usted no le gustan los agentes dobles, pero son inevitables.

—Nos han dado disgustos más de una vez —murmuró Brigitte.

—Ya lo sé. Pero ése no ha sido ni será el caso de Eulalio Urrea. Está probado que engaña a los chinos en beneficio nuestro. En no pocas ocasiones, nos ha proporcionado información auténtica que ha fastidiado muchísimo a los chinos. Y no sólo eso, sino que él,

personalmente, ha matado a tres agentes chinos en casi cuatro años. A uno, porque estaba sospechando de él. A los otros dos para ayudar a escapar a uno de los nuestros de San Santo, después de hacerles una jugarreta a los chinos.

—Está bien… Aceptado. ¿Qué más?

Cavanagh tendió otra fotografía a Brigitte, que se quedó mirando el rostro del hombre. Un chino, que parecía tener unos cincuenta años, y eso era todo.

—Se llama Ming Pei —dijo Cavanagh, cuando Brigitte le miró—, y es el jefe del espionaje chino en San Santo Vive en Santoña, en el distrito llamado Barrio Viejo; exactamente, en el número 24 de la Plaza del Sol. Es un agente… eficaz, inteligente, no nos engañemos con él. Conoce bien su trabajo. En el 24 de la Plaza del Sol ocupa una casa de una sola planta, muy vieja y modesta. Con él viven tres mujeres chinas, mucho más jóvenes. Ming Pei dice que son sus hijas, pero la realidad es que son una especie de… concubinas, según asegura Eulalio Urrea.

—Caramba, qué espía tan apasionado —sonrió Baby.

—Trabaja muy cerca de su casa, en el hotel Los Cielos, que está en una lujosa avenida, frente al mar. Para todos los que en San Santo conocen a Ming Pei, éste es, simplemente, uno de los cocineros del casi fastuoso hotel Los Cielos.

—¡Con lo que a mí me gusta la cocina china…! ¿Cree que tengo alguna probabilidad de que me invite?

Míster Cavanagh no tuvo más remedio que sonreír. Sí, físicamente, Brigitte Montfort era una criatura bellísima. Pero moralmente aún era más admirable. Cavanagh había conocido espías de gran categoría que, después de diez años de servicio en el Grupo de Acción, quedaban como rotos, deshechos… Ella llevaba catorce, y parecía que cada vez, la misión que se le encomendaba fuese la primera. Eso, a pesar de que en algunas ocasiones se había llevado desengaños y disgustos escalofriantes…

Movió la cabeza, todavía sonriendo.

—Me parece que no —dijo—. Pero yo tendré mucho gusto en invitarla al mejor restaurante chino de Washington o Nueva York a su regreso, Brigitte.

—Es un simpático aliciente para volver… —sonrió también ella —. A usted le está pasando lo mismo que a tío Charlie: cada vez que

tiene algún trabajo para mí, se siente enfermo… ¿verdad?

Cavanagh bajó la cabeza y se mordió los labios. Estuvo así durante unos segundos. Luego, sacó otra fotografía del sobre. Era una muchacha china de dulce aspecto, muy bonita.

—Ésta es Ni Lian —murmuró—: una camarera empleada en el hotel Los Cielos. Una muchachita encantadora, que lleva cuatro años en Santoña, trabajando en ese hotel. Nunca ha tenido complicaciones de ninguna clase, y vive sola y modestamente en un pequeño apartamento del Barrio Viejo, no muy lejos de Ming Pei, en el 8 de la calle Sagasta. Y con ella termina la presentación de personajes que hemos considerado interesantes en este asunto.

—Asunto del cual no tenemos ni la más pequeña idea.

—Bueno, no he dicho tanto. Eulalio Urrea asegura que sea lo que fuere, lo que los chinos están tramando está relacionado con las próximas elecciones en San Santo. Elecciones presidenciales, claro.

—Ah, sí… Creo que serán dentro de un par de semanas, ¿verdad? Y hay dos candidatos: Emilio Palermo y Apolinar Robledo… El actual presidente, don Luis Barea, no se presenta candidato, se retira. ¿Correcto?

—Sí.

Brigitte entornó los ojos y preguntó:

—¿Y… cuál de los dos presidentes nos interesa a nosotros, los norteamericanos?

—Emilio Palermo —admitió en seguida Cavanagh, sabiendo que a Baby no iba a poder engañarla—. Aparentemente, claro, Estados Unidos no se ha ocupado de este asunto, pero, como siempre, intentamos llevar las aguas a nuestra piscina. Emilio Palermo ha sido… sondeado en repetidas ocasiones por nuestras especialistas, y, si bien no parece hombre que vaya a dejarse manejar por nadie, sí está claro que, al menos, es anticomunista absoluto. Teniendo en cuenta que Apolinar Robledo tiene unas ideas políticas y sociales que rozan con el comunismo, comprenderá usted que nuestro deseo es que las elecciones las gane Emilio Palermo.

—Claro. ¿Qué estamos haciendo al respecto?

—Pues… Bueno, realmente, nada…

—Vamos, vamos, señor…

—Está bien, sí, hemos estado haciendo bastante. La verdad es que hace meses que estamos enfocando las cosas de modo que, sin

el menor fallo, salga elegido Emilio Palermo. Digamos que, en un momento dado, podemos controlar una… conveniente cantidad de votos en San Santo.

—Qué sorpresa… —dijo secamente Brigitte—. Jamás pensé que la CIA se entrometiese en asuntos ajenos.

—Ya ve —volvió a sonreír Cavanagh—, sí lo hacemos. Bueno, Brigitte, en esto no somos peores que otros servicios de espionaje, tiene que admitirlo. Así que nosotros queremos que Emilio Palermo salga elegido, y estamos seguros de conseguirlo, puesto que tenemos controlada una gran cantidad de votos… La suficiente. Pero, después del aviso que nos ha enviado Eulalio Urrea, nos preguntamos: ¿qué está tramando Ming Pei?, ¿qué directrices le ha señalado el servicio secreto chino con respecto a este asunto de las elecciones presidenciales en San Santo? Naturalmente, esto no es fácil saberlo…, pero quizá sabríamos algo si consiguiésemos el contenido del portafolios que pasado mañana ha de llegar a Santoña en manos de un enviado del servicio secreto chino.

—Pero no sabemos quién es ese enviado.

—No. Bueno, suponemos que será un hombre de raza china, claro, pero en San Santo hay muchos chinos. Por otra parte, es más que posible que en el vuelo 105 de las Líneas Aéreas Intercontinentales que llegará a Santoña pasado mañana procedente de Honolulú, viaje más de un chino; es un viejo truco. Y, finalmente, siempre cabe la posibilidad de que el hombre que lleva el portafolios desde China a San Santo sea de raza blanca, incluso un nativo de San Santo… Con lo cual, su identificación resulta cada vez más difícil.

—¿Eulalio Urrea no podría darnos más datos al respecto?

—No. Ya ha hecho demasiado. Ese pobre hombre está como sobre un volcán… Cada día se vuelve más audaz, pero nosotros le hemos frenado: no queremos perder un colaborador como él, así que le hemos ordenado la máxima discreción. Ahora bien, si como suponemos, ese hombre desconocido, blanco o chino, trae instrucciones desde China relacionadas con las elecciones en San Santo…, nosotros queremos saber qué instrucciones son ésas. Y ahora viene la parte difícil, yo diría que casi tanto como la identificación de ese hombre… Mmm… ¿He dicho *casi tanto*? Pues no, es infinitamente más difícil: conseguir el contenido del

portafolios en ocho o diez segundos.

—¿Cómo sabemos que ése es el tiempo de que dispondré?

—Verá usted… Cada dos o tres semanas llega un agente chino a San Santo por avión. Desde el aeropuerto va directo al hotel Los Cielos, en Santoña. Se aloja allí, con toda tranquilidad, y se limita a esperar. En el momento oportuno, es decir, cuando le corresponde hacerlo de acuerdo a su horario de trabajo de las mañanas, Ni Lian, la camarera china, pasa por las habitaciones que le corresponden, cambiando sábanas, toallas y todo eso. Entonces, el enviado chino le entrega el contenido del portafolios. Ella sigue haciendo su trabajo y, cuando termina, baja con el montacargas a los sótanos para depositar allí la ropa sucia…

—Un momento, señor. ¿Ni Lian baja al sótano cuando termina o en seguida de recibir el contenido del portafolios?

—Pueden ser ambas cosas —admitió Cavanagh—. Si, por ejemplo, se las arregla de modo que al recibir el sobre ya tenga la cesta llena, entonces ha de bajar para dejarla en el sótano y procurarse otra, para seguir con su trabajo. Pero esto me parece poco probable, ya que Ni Lian nunca conoce al hombre que le ha de entregar el contenido del portafolios. Así que hemos deducido que ella no puede hacer ese arreglo, sino que, simplemente, va haciendo su trabajo, sin preocuparse del momento en que recibirá el contenido del portafolios. Supongamos que ya lo ha recibido, sea en el primer viaje o en el segundo. Entra en el montacargas y pulsa el botón del sótano… Naturalmente, el montacargas del servicio pasa muy cerca de la cocina. Pues bien, al llegar a la cocina, que está en la planta a nivel del suelo y, por tanto, directamente encima de los sótanos de lavado, planchado y demás, Ni Lian detiene el montacargas, sale al pasillo, camina media docena de pasos hasta la puerta de la cocina y, allí, llama la atención del cocinero Ming Pei, nuestro astuto jefe del servicio secreto chino. Ming Pei sale al pasillo, recibe el contenido del portafolios, y regresa a su trabajo. Ni Lian hace lo mismo: regresa al montacargas, baja al sótano, deja la cesta y toma otra, si la recogida aún no ha terminado. Si ha terminado, se queda allí, ayudando en el lavado, planchado, etcétera. ¿Qué le parece?

—Pues yo diría que tenemos tres dificultades, señor. La primera es identificar al hombre del portafolios. La segunda y la tercera,

saber si Ni Lian ha recogido su contenido en el primer viaje o en el segundo.

—Pues así están las cosas. Y, Brigitte, la CIA, sin fallo alguno, *quiere conseguir* el contenido de ese portafolios, para saber con toda exactitud qué medidas está tomando el servicio secreto chino respecto a las elecciones presidenciales en San Santo. Y después de mucho pensar, hemos llegado a la conclusión de que el agente encargado de ello sólo dispondrá de ocho o diez segundos: el tiempo que tarda Ni Lian desde que se dirige con la cesta llena al montacargas hasta que éste se detiene en la planta donde está la cocina. Ahora, claro, la dificultad se ha agravado con esa posibilidad de dos viajes. ¿Cómo saber en cuál de ellos ha recogido Ni Lian el contenido del portafolios?

—Para saber eso, tendríamos que identificar primero al enviado de los chinos. De este modo, si yo estuviese en el mismo piso, vigilando las habitaciones que Ni Lian visitaba, sabría que llevaba el contenido del portafolios cuando saliese de la habitación ocupada por el agente chino. ¿No le parece?

—Sí, claro. Resumamos entonces las tres dificultades en una sola: identificar previamente al sujeto. Pero, si consiguiésemos eso, ya no tendríamos necesidad de arriesgarla a usted en el hotel; nos bastaría atacar al agente chino durante el recorrido del aeropuerto al hotel Los Cielos. Pero esto, a su vez, entraña peligros y decepciones. Peligros, en cuanto a que quizá ese agente chino irá… escoltado discretamente por otros agentes chinos residentes en San Santo, hasta el hotel; en cuyo caso, se armaría un jaleo muy poco conveniente. En cuanto a las decepciones, no olvidemos que ese portafolios puede estar preparado de modo que, si no lo abre su portador, explote, con lo que el contenido se convertiría en cenizas. En cambio, si él mismo saca ese contenido y lo entrega a Ni Lian, la cosa es fácil, en ese aspecto: sólo hay que actuar en ocho o diez segundos…, quizá doce…

—Oh, eso no me preocupa, señor… Yo creo que todo está basado en identificar previamente a ese hombre.

—No parece muy fácil. Tenga en cuenta que en la mayoría de las ocasiones, ni siquiera Ming Pei lo conoce. El único modo de identificarlo es verlo entregando a Ni Lian el contenido del portafolios…

—No… —Movió la cabeza—. No, no, no… Hay otro medio, señor.

—¿Cuál? —exclamó Cavanagh.

Brigitte tomó un cigarrillo de la caja de Cavanagh y lo encendió, pensativa.

—Claro, que también deberíamos confiar un poco en la… suerte. Y no es suerte lo que me falta a mí. Veamos…, ¿cuántos pasajeros pueden llegar a San Santo en el vuelo 105, procedente de Honolulú?

—No lo sé, pero no creo que sean muchos.

—¿Cuarenta?

—¡No tantos! Al revés sí que hay bastante tránsito de pasajeros, pues mucha gente que viaja por Sudamérica toma el avión en el aeropuerto internacional de Santoña hacia las Hawái y Estados Unidos. Pero desde Honolulú a San Santo, no creo que vayan directamente y diariamente cuarenta pasajeros. Quizá menos.

—Pero vamos a suponer que llegan cuarenta pasajeros… Y me pregunto, ¿cuántos de ellos irán a alojarse al hotel Los Cielos? Si van varios, mala suerte. Pero… ¿y si va *uno solo*? Me parece haber entendido que ese hotel es de lujo, ¿no?

—De superlujo… —Casi tartamudeó Cavanagh—. ¡Por todos los demonios, tiene usted razón…!

—Para ello —sonrió Brigitte— nos obligaría a destacar en el aeropuerto de Santoña tantos agentes como viajeros llegasen en ese vuelo 105.

—No importa… ¡no importa! Puedo concentrar allí todos esos hombres, y más, si fuesen necesarios. Y tenemos tiempo… Puedo concentrar en el aeropuerto hombres que llegarían de Chile, de Ecuador, de Perú, de Bolivia, de Colombia… ¡Puedo hacerlo si me ocupo de ello ahora mismo! También me ocuparé de las habitaciones en el hotel…

La agente Baby sonrió encantadoramente.

—Según parece, señor, los dos vamos a estar muy ocupados. Bien: me voy a recoger el contenido de ese portafolios…

Capítulo II

Treinta horas más tarde, esto es, exactamente a las diecisiete horas del día veinticinco de enero de mil novecientos setenta y cuatro, la periodista norteamericana, señorita Brigitte Montfort, era recibida cordialmente en San Santo, por guapa y por simpática. Cuando los empleados de la Aduana vieron aquellos ojos, perdieron casi todo el interés por el reducido equipaje de la bellísima pasajera, y, ciertamente, ni siquiera concedieron una mirada al gracioso maletín de fondo rojo con florecillas azules estampadas.

Y por si era poco con su belleza y simpatía, resultaba que la señorita Montfort hablaba el español con una perfección envidiable.

—Pero —le dijo el jefe de Aduanas, que había acudido trotando, al verla conversar con sus hombres— las elecciones no serán hasta dentro de dos semanas, señorita Montfort.

—Lo sé… —asintió ella—. Pero mi jefe es tonto.

—Ah… ¿sí?

—Sí, sí. Le dije que yo podía llegar antes a San Santo, y así, mientras esperaba las elecciones, podía ir enviándole artículos muy interesantes sobre este luminoso país, opiniones del pueblo sobre cuál de los candidatos será elegido, costumbres nacionales… Le pareció una buena idea. Pero la verdad… —sonrió astutamente— es que voy a darme la gran vida mientras espero las elecciones. Y, por otra parte, desde luego, escribiré bonitos artículos sobre San Santo. ¿Qué le parece?

—¿Que qué me parece…? ¡Bien venida a San Santo, señorita Montfort!

—Gracias, Señor de los Grandes Bigotes.

La carcajada fue general. Dos minutos más tarde, la señorita Montfort tomaba un taxi que, una vez se le hubo pasado el pasmo al conductor, partió hacia la ciudad capital del país, Santoña. La autopista bordeaba el mar, y la señorita Montfort lo fue mirando,

con una dulce sonrisa en los labios, soñadora la expresión. Ah, el mar… También veía el mar desde Villa Tartaruga, el cubil del inigualable espía Número Uno, en la isla de Malta. Aquel Mediterráneo, siempre tan azul… Cerró los ojos y en su mente se formaron las imágenes…

«Estaba tendida, desnuda bajo el sol, que parecía acariciarla. No había oído nada, aparte del zureo de las palomas mensajeras que Uno tenía en la parte de atrás de la villa.

»No había oído nada, pero, de pronto, abría los ojos y lo veía a él, de pie junto a ella, mirándola, desde su imponente estatura; parecía proyectarse hacia el cielo, alcanzarlo con la cabeza…

»—¿Dormías? —preguntaba Número Uno.

»—No, mi amor… —Ella le tendía los brazos—. Para ti nunca estoy dormida.

»Él se tendía a su lado, y la besaba en la boca, de aquel modo tan sencillo y, a la vez, tan extraordinario. Número Uno tenía la boca delgada, dura, hosca, igual que un corte en una roca de granito. Pero, cuando la besaba, Brigitte se estremecía siempre al notar aquella ternura increíble, aquella suavidad que nadie podría atribuir al hombre más huraño del mundo… y, que, sin embargo, existía. Al menos para ella.

»—Estaba pensando… —dijo él, acariciándola— que sería una…

»—Oh, no, mi amor… No pienses. Sólo bésame.

»—Estaba pensando… —insistió él— que sería una buena idea que nos dedicásemos a besarnos otra vez bajo el sol.

»Sonrió al decir esto. Una sonrisa levísima, apenas visible, pero que lo llenaba todo de luz. Una extraña y ardiente luz que brotaba de sus ojos negrísimos…

»—Eres el hombre de las grandes ideas —susurraba ella.

»Y, mientras tanto, volvía a cerrar los ojos y ofrecía su boca, volvía a estremecerse cuando él la…».

—Estamos llegando, señorita. ¿Dónde la llevo exactamente de la ciudad?

Brigitte Montfort había abierto los ojos bruscamente y, durante un instante, el día le pareció gris, triste, desapacible, y se sintió terriblemente sola…

—A El Portalón… —musitó—. En la avenida El Portalón, número 200.

—Muy bien.

Había grandes árboles que proporcionaban gratas sombras en El Portalón. Y flores. Pero el mar se veía ahora lejos, por encima de algunos tejados y jardines. Y alrededor todo estaba palpitante de ruidos de motores, de rumor de gente… De mucha, mucha gente a la que jamás había visto. ¿Por qué tenía que estar allí, con aquellos desconocidos, mientras Uno estaba solo en Villa Tartaruga?

—Doscientos de avenida El Portalón.

La divina espía miró la fachada de la modesta pensión el Portalón, y asintió con la cabeza. Poco después entraba en el vestíbulo, agradablemente fresco, seguida del taxista con el equipaje. No hubo la menor dificultad en conseguir una habitación, y la señorita Montfort se instaló en ella.

Casi a las seis de la tarde salía de la pensión, cruzaba la avenida y caminaba por la otra acera hasta detenerse ante el número 209. Había un jardín protegido por unas verjas de hierro, y al fondo se veían tres casitas de aspecto discreto. La puerta de hierro estaba abierta, pero Brigitte no entró. Se alejó, entró en otro portal y subió un piso. Allí, rápidamente, se quitó el vestido y le dio la vuelta, de modo que el color malva quedó en el interior y fue visible la parte azul. Del maletín sacó una peluca rubia y unos lentes de contacto, de color verde claro, que se colocó con la rápida perfección de la larga práctica. Finalmente, se introdujo en la boca, hacia las mejillas, sendas almohadillas de espuma.

Volvió a la calle, regresó hacia el número 209 y esta vez sí entró en el descuidado jardín. Llegó ante la casa de la izquierda y llamó a la puerta.

Le abrió un niño de ocho o diez años, que se quedó mirándola fijamente, como fascinado.

—Hola… —sonrió ella—. ¿Está tu papá?

—No.

—¿Y tu mamá?

—Sí, ella, sí.

—¿Puedo pasar?

El niño estaba ya sonriendo y, evidentemente, dispuesto a permitirle la entrada, cuando apareció la mujer. Debía tener algo menos de treinta años y era bonita en grado muy discreto. Brigitte pensó que formaba una pareja perfecta con Eulalio Urrea.

—¿Qué desea?

—Me llamo Margarita —sonrió Brigitte Montfort—. Soy una amiga de su marido, señora Urrea. Quedamos en vernos aquí a las seis, pero… parece que no está en casa.

—No…, no está. Pero si le dijo que estaría aquí a las seis, no debe tardar. Pase, por favor.

La condujo hacia un salón-comedor muy modesto, con muebles bien cuidados, pero antiguos. Era una mezcla de ambiente hogareño y de pobreza. Y la pregunta era: ¿la CIA pagaba mal, o Eulalio Urrea era lo bastante listo para vivir como correspondía a su situación normal de ciudadano de San Santo, modesto y apacible? Era de esperar que fuese lo segundo…

—No me ha hablado nunca de una amiga llamada Margarita —dijo la señora Urrea.

—Oh, hace muchos años que no nos vemos…

—¿Quiere tomar algo? —ofreció.

—Tomaría con gusto un té, gracias.

—Se lo preparo en seguida… Bueno, si no le importa que la deje sola con Lalito…

—Claro que no. Tenía ganas de conocer a la familia de Eulalio… Vaya tranquila. Lalito y yo hablaremos de… ¿De qué podemos hablar, Lalito?

—¿Sabe usted algo de cohetes interplanetarios…? —Abrió los ojos el niño.

—¡Huy…! —Agitó una mano Margarita—. Mira, aunque ya sé que no lo vas a creer, una vez fui en una cápsula espacial, y otra vez estuve a punto de que me enviaran a la Luna… ¿Verdad que no me crees?

—¡Claro que no! —rió el niño—. ¡Pero es divertido oír cosas de ésas! A mí me gustaría mucho ir a la Luna…

Eulalio Urrea llegó casi a las seis y media, cuando Margarita,

naturalmente, tenía fascinados a Lalito y a su madre contándoles detalles de viajes espaciales… Y lo hizo tan mal, que la señora Urrea tuvo que darse cuenta inmediatamente de que su marido no había visto antes a Margarita. Era un hombre mediocre, vulgar, que se quedó patitieso al verla, y eso fue todo.

—Parece que no me recuerdas, Eulalio… —sonrió ella—. Soy Margarita, y habíamos quedado vernos en tu casa a las seis.

—Sí… Sí, sí… Es que estaba distraído… Y… y como te… te has teñido el cabello…

Margarita lanzó una carcajada y se quedó mirándolo socarronamente.

—He venido a hablarte de aquel negocio, ¿recuerdas?

—Sí, sí… Ven conmigo… Perdónanos un momento, María.

La señora Urrea no contestó. En sus ojos había una expresión hosca, de sospecha muy femenina, que hizo sonreír a Margarita, mientras caminaba detrás de Eulalio Urrea, que la condujo al pequeño patio trasero, lleno de ropa tendida. Una vez allí, Margarita sonrió amistosamente.

—Lo siento —se disculpó—. No se me ocurrió que podía crear esta situación, y quería verle, señor Urrea.

—¿Para qué? ¿Quién es usted?

—Al parecer, no ha sido avisado de mi llegada. Mi nombre aquí es Margarita Lucientes, y estoy en el hotel Macumbé, habitación 12, por si llegase a necesitarme… ¿Su esposa no sabe que usted trabaja para la CIA?

Eulalio Urrea se quedó un instante boquiabierto. Luego palideció intensamente.

—¿La han enviado a usted a verme? —exclamó.

—No. Ha sido una iniciativa propia.

—Pero es una locura…

—De todos modos, no me reñirán los señores de la Central, se lo aseguro. Están muy acostumbrados a mis iniciativas, a que haga lo que mejor me parezca.

—Santo Dios… —Abrió mucho los ojos Urrea—. ¿Usted… usted es…?

—La agente Baby, desde luego. Y ya sabe a qué he venido a San Santo, ¿no?

—Sí… —Urrea se pasó una mano por la frente—. Sí, sí,

naturalmente… Vaya, supongo que lo sé… ¡Pero no ha debido ponerse en contacto conmigo de esta manera! Podía haberme llamado por teléfono o enviarme recado por medio de mi contacto habitual con uno de sus compañeros de la CIA. Además, ¿para qué hablar más? Ya informé de todo lo que sabía y nada ha cambiado. ¡Por Dios…! ¿Qué quiere usted? ¿Que unos cuantos chinos afilen sus cuchillos en mi espalda?

—No sea tan dramático.

—¡Dramático…! ¡Je, ésta sí que es buena! ¿No sabe usted que en estos momentos están llegando a Santoña agentes chinos por docenas? ¿No lo sabe?

—No… —musitó Margarita—, no sabía eso.

—Bueno, pues eso es lo último que he informado a mi contacto de la CIA esta misma mañana. ¿No ha hablado con ellos?

—Todavía no. Quise verlo a usted ante todo.

Eulalio Urrea movió la cabeza preocupado.

—Mire, Margarita, lo que voy a decirle no le va a gustar: me arrepiento de haber pasado el informe respecto a la llegada de ese agente chino con algo especialmente importante y que, si no deduje erróneamente, está relacionado con las elecciones… Me arrepiento muy mucho, ¿comprende?

—No muy bien. ¿Por qué se arrepiente?

—¿Por qué? Ya se lo he dicho: están llegando chinos a Santoña en tal cantidad que parece que quieren convertir la ciudad en un barrio chino. Los va a ver por todas partes…, si no es usted ciega.

—Le aseguro que tengo muy buena vista. Pero comprendo su preocupación, desde luego. Sin embargo, por muchos chinos que se hayan concentrado en Santoña o en toda San Santo, yo voy a por ese portafolios. ¿Está claro?

—Está claro, y de acuerdo. Haga usted lo que guste, y ojalá sea tan eficaz como dicen y consiga lo que quiere. Pero, por el amor de Dios, ¿por qué tiene que comprometerme a mí tan… brutalmente? ¡Ya he hecho bastante pasando el informe!, ¿no le parece?

—Está usted asustado, Eulalio.

—¡Claro que estoy asustado! ¡Maldito sea ese portafolios y el momento en que se me ocurrió pasar el informe!

—Tranquilícese. Un agente doble debe tener un mayor dominio de sí mismo, señor Urrea.

—Bien… Sí, tiene razón. Pero se lo advierto: todo está lleno de chinos. Si usted va a por ese portafolios —movió la cabeza—, no apostaría por su vida ni un peso. Usted verá lo que hace.

—¿Están alarmados los chinos, quizá? ¿Han tomado medidas diferentes a las de otras veces?

—No, no. Todo sigue igual, sólo que van llegando a racimos y distribuyéndose por toda la ciudad.

—¿No sabe con qué objetivo?

—No.

Margarita Lucientes permaneció en silencio unos segundos, acariciándose la barbilla.

—De acuerdo… —susurró por fin—. Si nada nuevo puede decirme, la entrevista ha terminado. Ahora, señor Urrea, le voy a dar… Una orden: salvo que sea requerido de modo urgente y especial por su contacto habitual de la CIA, o por mí misma, limítese a trabajar para los chinos. Como si la CIA no existiese… No queremos que le ocurra nada, de verdad.

—Bueno… —Se turbó Eulalio Urrea—. Gracias. Perdóneme, creo que he estado bastante brusco y desagradable…

—Yo también he tenido mucho miedo en muchas ocasiones —sonrió Margarita—, así que le comprendo, no se preocupe. Pero no deje que el miedo le nuble la inteligencia. Eso sí es malo. Por favor, despídame de su esposa y de Lalito… —Volvió a sonreír—. Es un chico muy simpático e inteligente.

—Gracias —intentó sonreír Urrea.

Segundos después, Margarita Lucientes se encontraba en la calle. Llamó un taxi, se metió dentro, y pidió:

—Plaza de los Independientes, por favor.

Capítulo III

—Plaza de los Independientes, señorita.

—Gracias.

Pagó, se apeó, y echó un vistazo a toda la plaza. Luego, fue a sentarse en un banco, cerca del mirador, y estuvo allí hasta que poco después oyó, tras ella, el sonido de un claxon. Se volvió, vio un coche negro con un hombre al volante, y se puso en pie. Cuando llegó junto al coche, el hombre la estaba mirando con curiosidad, un poco tenso.

—Perdone —preguntó ella—, ¿ha tocado usted el claxon?

—No, no: el saxo-claxon.

Margarita se echó a reír, y el hombre hizo lo mismo. Ella rodeó el coche, fue a sentarse junto al conductor y le besó en una mejilla.

—¿Cómo se vive en San Santo, Simón? —se interesó.

—Eso también parece una contraseña —sonrió el agente de la CIA—. Pues… se vive bien. No como en casa, pero vaya, a todo se acostumbra uno.

El coche se alejó de la Plaza de los Independientes, mientras Margarita encendía dos cigarrillos, uno de los cuales colocó entre los labios de Simón.

—¿Es cierto que están llegando muchos chinos?

—A manadas. ¿Quién se lo ha dicho?

—Eulalio Urrea. Le he visitado.

Simón casi dio un salto en el asiento.

—¡¿Que ha visitado…?!

—Sí. Le he puesto en el salón-comedor de su casa un micrófono, en un sillón. Quiero que en cuanto nos separemos, consiga usted un receptor, que colocará en la onda 222-73-74 de las establecidas para San Santo. Receptor-grabador, desde luego. ¿Bien?

—Sí, sí. Pero… ¿Es que desconfía usted de Urrea?

—Yo desconfío de todo el mundo, Simón.

—En este caso…, también debe desconfiar de mí, ¿no?

—No.

—Eso no tiene sentido. Si desconfía de todo el mundo…

—Mire, Simón, en todos estos años que llevo tratando con cientos de Simones, algunos de ellos me han dado serios disgustos, eso es cierto. Incluso ha habido algunos que han traicionado a la CIA, pero, fíjese bien en este hecho asombroso: a mí, personalmente *a mí*, no me ha traicionado *jamás* ningún Simón.

—Yo podría ser el primero.

—Podría ser… —asintió Baby—. ¿Dónde tiene el plano de la ciudad que le pedí antes?

El espía lo sacó de un bolsillo interior, y se lo tendió. Durante unos minutos, estuvieron paseando en el coche y Margarita fue estudiando el plano y haciendo algunas preguntas. Por fin, lo guardó en el maletín.

—No tendrán contacto conmigo más que por radio —dijo—. A menos que sea yo quien lo solicite en otra forma. No les interesa dónde estoy ni cómo me hago llamar… Sólo la radio. ¿*Okay*, Simón?

—*Okay*.

—Bien. ¿Se consiguió lo del hotel Los Cielos?

—No fue nada fácil, pero se consiguió. Por suerte, sólo tiene siete pisos… En cada uno de los cuales, desde luego, tenemos alquilada una habitación, en la que podrá usted entrar cuando llegue el momento. También han llegado auxiliares de todas partes, y estarán mañana en el aeropuerto cuando llegue el avión del vuelo 105 procedente de Honolulú. Cada uno de esos colaboradores, seguirá a uno de los pasajeros, vaya donde vaya, de modo que, inevitablemente, uno seguirá al agente chino que llegará, y que irá al hotel Los Cielos. El colaborador, bien por sí mismo o recurriendo a uno de nosotros, se enterará del nombre del recién llegado a ese hotel, así como de la habitación que pasará a ocupar. Si son varios, lo mismo. Y una vez sepamos el nombre o nombres y la habitación o habitaciones que ocupen los que lleguen, se lo comunicaré por radio.

—Muy bien. Lo ideal sería que fuese uno solo, porque si no, tendré que ir hotel arriba y hotel abajo…, siguiendo a esa chinita llamada Ni Lian. Bien… Supongamos que tenemos localizado al

hombre, y que Ni Lian ya ha entrado y salido de su habitación… Evidentemente, ella llevará entonces el contenido del portafolios, así que habrá llegado el momento de mi actuación directa, de hacer mi trabajo…

—Para el cual sólo dispone de ocho o diez segundos.

—Eso es lo de menos. No me preocupa, de veras. Pero hay algo que sí me preocupa: la fuga. Eso sí va a ser realmente difícil, porque en cuanto encuentren a la chinita sin el contenido del portafolios, Ming Pei reaccionará…

—Puede que tarden mucho en encontrarla.

—No. La encontrarán muy pronto, porque el montacargas de un hotel como ése no deja de funcionar. Y no sólo eso, sino que hay una posibilidad que no podemos dejar de tener en cuenta: la de que, desde la habitación del enviado chino, Ni Lian llame a la cocina, y le diga a Ming Pei que ya tiene lo que sea y que va para allá, a fin de que Ming Pei, precisamente en ese momento, esté pendiente de verla aparecer por la puerta que da al pasillo…

—Por cierto, ¿conoce usted bien el hotel? Puedo proporcionarle un plano de todas las instalaciones y…

—No necesito nada de eso. Quiero seguir hablando de la fuga, y que usted me escuche bien, Simón. ¿Atento?

—Sí, claro… Claro.

—Bien. Pues éstas son mis órdenes: desde el mismo momento en que yo ocupe la habitación del piso en el que esté también el enviado chino, *todos ustedes se irán del hotel y sus alrededores*. ¿Entendido?

—Cla… claro que… que sí, pe… pero…

—Eso es todo. Ahora nos despediremos, y hasta que llegue ese vuelo 105 me dedicaré a pasear por Santoña. Es una ciudad bonita, ¿verdad?

—Mmm… Sí, sí. Mire, hace falta estar loco para emprender solo una acción como ésa, Baby. Nosotros, los Simones, podríamos apoyarla de un modo discreto.

—Usted parece un poco sordo —sonrió la divina—. He dicho bien claramente que *todos ustedes se irán del hotel y sus alrededores*. Pare el coche.

El agente de la CIA frenó junto al bordillo, y se volvió a mirar a Margarita Lucientes, que sonrió al verlo tan pálido.

—Y no se olvide de mantener sintonizado a Urrea. Adiós, Simón.
Le dio otro besito en la mejilla y se apeó.

Capítulo IV

Bip-bip-bip-bip-bip…

Margarita Lucientes, que estaba tendida en la cama de su cuarto en la pensión El Portalón, alargó un brazo, y tomó la pequeña radio que estaba sonando sobre la mesita de noche.

—¿Sí? —admitió la llamada.

—Baby —sonó la voz de Simón—, nuestro hombre ha llegado ya al hotel Los Cielos. Es uno solo, un chino: su nombre es Tsui Cheng, y tenía reservada una habitación en el cuarto piso, la cuarenta y cuatro.

—Magnífico —la divina espía se sentó en la cama y miró su relojito de pulsera—. Son las cinco menos diez, así que, según se me informó, dispongo de una hora y cincuenta segundos, aproximadamente, para situarme en ese hotel… ¿Correcto?

—Sí. Ni Lian hace su trabajo dos veces al día. Por la mañana, a las diez, y por la tarde, a las siete, una hora antes de terminar su jornada:

—De acuerdo. ¿Cuál es nuestra habitación en el piso en cuestión?

—La cuarenta y nueve.

—Muy bien. Llame al Simón que la ocupa y dígale que se marche a las seis y media, dejando la puerta abierta, pero que deposite la llave en la conserjería. Que se vayan marchando todos ya.

—Está bien. Bueno…

—Es todo, Simón.

—Pensé que podía haber recapacitado sobre…

—No.

Cerró la radio, volvió a mirar el relojito, y se puso en pie. Hacía mucho calor, así que había estado descansando sobre la cama completamente desnuda, y por supuesto sin peluca ni lentes de

contacto. Se vistió, se puso la peluca y las lentillas, así como las pequeñas almohadillas de espuma en las mejillas, y volvió a mirar el relojito. Tenía tiempo de sobra.

Del doble fondo de una de sus maletas, sacó un vestido negro, largo, muy cerrado, severo, así como una peluca de cabellos blancos, unos lentes, un bastón con empuñadura de plata… Menos el bastón, lo metió todo en el maletín rojo con florecillas azules. Finalmente, envolvió el bastón en hojas de periódico y salió de la habitación.

En la avenida El Portalón tomó un taxi.

—Hotel Los Cielos —indicó—. ¿Lo conoce?

—Sí, señorita.

Ni siquiera tardaron veinte minutos en llegar, así que para entonces eran apenas las cinco y media. Pagó el taxi, se apeó delante mismo del hotel, sonriendo al botones que le abrió la portezuela del taxi y dándole una propina, y accedió al grandioso y lujoso vestíbulo, de suelo reluciente, y con los rincones adornados con grandes macetas con plantas. A la derecha estaba el bar, y se dirigió allí sin vacilar, ocupó una mesa, y pidió café.

A las seis, no había percibido nada inquietante a su alrededor. Y sin embargo, seguía pensando que todo parecía demasiado fácil. Llega un solo chino al hotel Los Cielos, ya tenía habitación reservada, no hay dificultad en nada… En cuanto a apoderarse de lo que la chinita recibiese, le parecía de lo más sencillo del mundo. Sólo tenía que esperar a que ella saliese de la habitación cuarenta y cuatro, meterse por sorpresa en el montacargas con ella, y darle un golpe. Sólo un golpe, sabía que no necesitaría nada más. Después, detenía el montacargas, le quitaba lo que fuese, y que seguramente llevaría encima, ya fuese dentro de los pantaloncitos o en el escote, y salía del montacargas en el primer piso. De allí, al vestíbulo. Del vestíbulo a la calle. Y… *voilà*, ya tenía el contenido del portafolios, ya podía regresar a Washington.

Movió la cabeza, se puso en pie y efectuó su última ronda de vigilancia, cada vez más desconfiada. Salió a la calle, dio toda la vuelta a la manzana, estuvo mirando los coches estacionados por allí, regresó al hotel, y estuvo simulando leer, pero en realidad mirando a todos lados del vestíbulo.

A las seis y media, un hombre salió del ascensor, se acercó a

conserjería y dejó la llave de su habitación, mirando con aceptable disimulo a todos lados. La vio a ella, parpadeó y desvió la mirada. Margarita consiguió no sonreír. El hombre abandonó el hotel. Era el último.

Margarita esperó tres minutos. Luego, se dirigió rectamente hacia el ascensor, lo tomó, y sonrió al botones que lo manejaba.

—Cuarto piso, por favor.

Estuvo allá en pocos segundos. Salió al pasillo y se volvió hacia el fondo de éste, donde estaba el montacargas de servicio. Y precisamente, la habitación cuarenta y nueve era la más cercana al montacargas, con lo que se encontraba con otra facilidad más.

Entró en la habitación, cerró y se desvistió rápidamente. Luego, se puso las ropas negras y sustituyó la peluca rubia por la de cabellos blancos. Se quitó también las lentes de contacto verdes, y las almohadillas de espuma de la boca. Pero se puso unos lentes de cristales redondos, muy acordes con la moda de sus negras ropas.

En el maletín guardó todo lo que se había quitado, incluso las hojas de periódico con las que había llevado envuelto el bastón.

Todavía no eran las siete menos cuarto cuando la dama de blancos cabellos y aspecto venerable, se dispuso a esperar, sin impaciencia alguna, la aparición de la chinita Ni Lian.

A las siete y seis minutos, oyó por tercera vez el montacargas, deteniéndose en aquel piso. Las dos veces anteriores habían sido sendos camareros con una bandeja. Esta vez, no. Cuando abrió cuidadosamente la puerta, apenas un centímetro, vio al bello rostro de la chinita, cuya fotografía le había mostrado míster Cavanagh en la Central. Ni Lian salió del montacargas empujando una gran cesta con ruedas, y se dirigió hacia el otro extremo del pasillo. Otra facilidad más, ya que aquello indicaba que comenzaba a cambiar las toallas y demás por aquella parte, y que la habitación cuarenta y nueve, por tanto, sería la última en visitar.

La última. Y entonces… ¿por qué, simplemente, no esperarla allí para darle un golpe en cuanto entrase, y quitarle lo que el tal Tsui Cheng le hubiese entregado? Esto era de lo más fácil. Tan grandiosamente fácil que la agente Baby comenzó a sentirse más inquieta a cada instante.

—No me gusta esto… ¡No me gusta!

Pero siguió allí, atisbando. Ni Lian salía de la habitación

cuarenta y dos. Entró en la cuarenta y tres, de la cual salió un par de minutos más tarde y dejó caer ropas blancas en la cesta rodante de mimbre, que empujó hacia la cuarenta y cuatro… Llamó, le abrieron y entró.

La anciana se mordió suavemente los labios. De pronto, abrió completamente la puerta, salió al pasillo, y se dirigió hacia la habitación cuarenta y cuatro, con pasito menudo, adecuadamente torpe, inseguro. Se detuvo delante, y tras mirar a ambos lados del pasillo, aplicó una orejita a la madera. Dentro reinaba el más completo silencio…, pero casi en seguida oyó una voz femenina, desde luego, muy suave. Oyó la voz, pero no pudo entender nada. Evidentemente, Ni Lian había hablado en chino. Y casi en seguida, el inconfundible sonido de un auricular de teléfono al ser colocado en el soporte.

Así pues, en efecto, Ni Lian avisaba a Ming Pei de que había recibido el contenido del portafolios. Lo cual indicaba que la chinita se disponía a bajar inmediatamente con la cesta, y que el jefe del espionaje chino en Santoña la estaría esperando…

La puerta comenzó a abrirse, de pronto. Baby se irguió velozmente, y empujó con fuerza hacia dentro, con gesto brusco. Oyó el choque de la puerta con algo, la exclamación aguda de Ni Lian, y entró, a tiempo de verla todavía cayendo de espaldas al suelo. Muy cerca de ella, algo más atrás, estaba el hombre chino que había llegado con el portafolios. Respingó al ver aparecer a la anciana, pero en seguida saltó hacia ella, con los puños cerrados fuertemente, los antebrazos cruzados ante el rostro, en cerrada guardia, listo para la pelea.

Sucedió lo que, sin duda, menos esperaba el chino: la anciana colocó el bastón en posición horizontal, y lo pasó, como dando un lanzazo velocísimo, por encima de la X que formaban sus antebrazos, de modo que la punta del bastón dio en la frente de Tsui Cheng, no con demasiada potencia, pero sí con la suficiente, y sobre todo de modo tan desconcertante, que retrocedió un paso y descuidó la guardia.

Entonces, la anciana dio dos pasos, y lanzó su pierna derecha hacia delante, girando hacia la izquierda. El pie dio de lleno en el bajo vientre de Tsui Cheng, que se llevó las manos allí, abrió mucho los ojos y cayó de bruces…, mientras la anciana giraba, volviéndose

hacia Ni Lian, que se había puesto en pie y cargaba silenciosamente contra ella.

La «frágil» anciana se limitó a «abrirse» como si su cuerpo fuese una puerta, en impecable *taisabaki*, esquivando con toda sencillez la acometida, y, mientras Ni Lian pasaba por su lado, le golpeó en la nuca con el bastón, con un golpe seco, brevísimo, como un trallazo. Ni Lian gimió, cayó de bruces, y se deslizó por el piso, quedando inmóvil al fin. La anciana se volvió de nuevo hacia Tsui Cheng, que estaba intentando ponerse en pie, desencajado el rostro. Y allí recibió el siguiente golpe, un punterazo que le hizo poner los ojos en blanco y lo abatió definitivamente.

Una silenciosa, breve e interesante pelea, durante la cual, Baby ni siquiera había soltado el maletín.

Miró hacia la cama, y vio encima de ella el portafolios, abierto. Se acercó, le echó un vistazo y encogió los hombros al verlo vacío. Del asa colgaba una cadena con un cierre metálico en el extremo, que seguramente había estado cerrado en la muñeca de Tsui Cheng durante el viaje.

Fue adonde yacía Ni Lian, le dio la vuelta y miró su rostro, escrutando la posibilidad de que estuviese fingiendo. Pero, no. Ni Lian, ciertamente, estaba sin sentido debido al golpe en la nuca. Le metió la mano entre los senos y no tuyo que buscar más. Tocó el papel y lo retiró de allí. Era un sobre cerrado. Un simple sobre blanco, cerrado, sin indicación alguna. Rasgó rápidamente uno de los lados y sacó unas páginas escritas… en chino. No había por qué sorprenderse, claro.

Registró más concienzudamente a Ni Lian, incluso en los pantaloncitos, pero no encontró nada más. Luego, registró a Tsui Cheng, que ni siquiera iba armado. En cuanto a su documentación y demás detalles, no tenían el menor interés.

Lo único que parecía ser interesante en todo aquello era el sobre, sin duda.

Así que Baby lo metió en su maletín, ahora enfundado en raso negro, y se incorporó.

Salió de la habitación y caminaba ya hacia la escalera, cuando lo pensó mejor: no era razonable que una anciana bajase a pie cuatro pisos disponiendo de ascensor, así que…, ¿por qué llamar la atención de modo tan especial hacia ella?

Apretó el timbre de llamada del ascensor y se encendió la flechita que indicaba que la cabina acudía. Justo en aquel momento, en el extremo del pasillo se oía el chasquido de la llegada del montacargas, las puertas se abrían, y aparecía Ming Pei, también inconfundible gracias a las fotografías de él vistas en la Central, Su redondo rostro parecía inescrutable, pero la sobresaltada anciana diferenció con facilidad el surco vertical de preocupación en sus cejas, que se juntaban.

Ming Pei, vistiendo pantalones blancos y camisa de colores, sin nada que le identificase como cocinero, pasó junto a la anciana, dirigiéndole una indiferente mirada. El ascensor llegó, y apenas se abrieron las puertas, la anciana entró en la cabina, mirando con severidad al sorprendido botones, que, por supuesto, no recordaba de nada a aquella dama… ¿Cómo estaba allí si él no la había subido nunca?

—Al vestíbulo, inmediatamente —dijo la dama.

—Sí, señora.

Justo en el momento en que las puertas del ascensor se cerraban, Ming Pei empujaba la puerta de la habitación cuarenta y cuatro… Eso fue todo lo que vio la anciana.

Le pareció que el ascensor tardaba mil años en llegar al vestíbulo…, y quizá había sido así, porque, apenas salir de él, vio a Ming Pei, ya en el centro del vestíbulo, todavía jadeando por la velocidad que había precisado para llegar a pie abajo antes que el ascensor. La mirada de ambos pareció conectarse. La de la anciana, indiferente, la de Ming Pei expresando asombro e incredulidad, y, más que nada, desconcierto. Se había lanzado detrás de la anciana pensando que ella tenía algo que ver con lo que había visto en la habitación cuarenta y cuatro, pero ahora, sin la menor duda, se estaba preguntando si podía ser cierto.

De todos modos, los dos eran auténticos profesionales. Nadie se estaba dando cuenta de que algo extraño, algo diferente, estaba ocurriendo en el vestíbulo del lujoso hotel Los Cielos. La anciana, con su pasito menudo y temblequeante, apoyándose en el bastón, caminó hacia la salida, pasando muy cerca de Ming Pei, que parecía no saber qué hacer.

Aparentemente tranquila, pero dispuesta a todo, con los músculos en tensión, la «anciana» más peligrosa del mundo siguió

su camino hacia la salida. Apareció muy sosegada al sol de la tarde, bajó los tres escalones de la marquesina, y miró hacia la fila de taxis que esperaban en la parada de servicio del hotel. Sólo tenía que hacer un gesto, y uno de ellos quedaría a su disposición… Pero, con el rabillo del ojo, vio a Ming Pei, que también había salido del hotel, y, desde la marquesina, hacía señas hacia un punto algo distante. La anciana volvió la cabeza, y vio a los dos chinos que estaban de pie junto a un coche estacionado junto a la otra acera de la amplia avenida. Los dos chinos parecían sorprendidos, la miraron a ella, volvieron a mirar hacia Ming Pei, desconcertados, y otra vez a ella, con gesto de sobresalto.

La anciana volvió a mirar a Ming Pei y le vio haciendo gestos afirmativos con la cabeza.

Mala suerte.

Y por supuesto nada de tomar un taxi, pues sólo iba a complicar las cosas, ya que aquellos dos chinos disponían de un coche más veloz que cualquier taxi. Lo único que podía conseguir si llamaba un taxi era complicarle la vida al taxista, y, quizá, ser acribillada dentro… Cualquier cosa, menos escapar.

Salió por fin del pequeño espacio ajardinado del hotel, a la avenida. Giró a la derecha y continuó caminando con su gracioso pasito senil, mirando de reojo hacia los dos chinos. Los vio vacilar, y por fin, uno de ellos entró en el coche, y el otro se lanzó en pos de ella a pie.

La siguiente calle era de dirección prohibida, y la anciana la enfiló sin vacilar. Cuando estaba a mitad de la manzana, volvió la cabeza y vio al chino que iba a pie tras ella, conservando una distancia razonable. Al llegar a la siguiente esquina, Baby giró a la izquierda y a los pocos pasos volvió de nuevo la cabeza. Vio aparecer al chino, que caminaba presurosamente, con una mano delante de la boca… Le vio sobresaltarse, y comprendió en el acto: Ming Pei había recurrido a su radio de bolsillo tras entrar en alguna dependencia del hotel, y le acababa de decir al chino que la seguía lo que había pasado. El chino se llevó la mano al bolsillo, guardando la radio, y caminó más rápidamente.

En la siguiente esquina, Baby giró a la derecha… Ya no sabía hacia dónde se dirigía. Otra vez volvió la cabeza, y vio al chino aparecer, poco menos que corriendo. Comprendió que se disponía a

darle alcance, y entonces, sin más complicaciones, Baby entró en el primer portal que vio.

Inmediatamente, se pegó a la pared y preparó el bastón apuntándolo hacia la entrada.

Ni siquiera cuatro segundos más tarde, apareció el chino, entrando a toda prisa en el portal, crispado el rostro y llevando la mano derecha hacia el sobaco izquierdo… Vio de pronto a la anciana pegada a la pared, respingó, sacó velozmente la pistola y…

Y la punta del afiladísimo estilete de acero apareció por el extremo del bastón al mismo tiempo que la anciana lanzaba la certera estocada. El chino respiró fortísimamente, desorbitó los ojos, la pistola escapó de su mano, y cayó de espaldas en el centro del portal.

El estilete desapareció dentro del bastón, y la anciana salió de nuevo a la calle. Caminó lo más razonablemente aprisa que podía caminar una persona de su edad, alejándose. Recorrió una manzana, dos, tres… De pronto, en el extremo de la calle que estaba recorriendo, vio aparecer el coche, con el otro chino al volante. Se vieron los dos a la vez. La anciana dio media vuelta, y casi corrió hacia la esquina que había dejado atrás, tomando otra dirección a partir de allí… Dos calles más allá, volvió a aparecer el coche, esta vez más de pronto, más cerca. Y Baby distinguió perfectamente al chino, con la mano derecha delante de la boca.

Otra media vuelta y otra carrera hacia la siguiente esquina. Unas gotitas de sudor comenzaban a aparecer en la frente de la anciana.

—Me deben estar acorralando —pensó—. Deben haber llamado a todos los chinos disponibles para concentrarlos en esta parte de la ciudad.

Y de pronto, se encontró con que estaba introduciéndose en lo que sólo podía ser el Barrio Viejo.

Es decir, donde Ming Pei tenía su domicilio. Y, por lo tanto, un terreno que debía tener muy bien controlado.

La primera idea que cruzó por su mente, fue avisar a los Simones por la radio, pero la desechó rápidamente. En Santoña había en aquellos momentos, además de Simones residentes de la red de la CIA, no menos de cuarenta colaboradores, llegados de otros países y de diversos puntos de la propia San Santo. Y si los Simones se enteraban de que Baby estaba en peligro, no se andarían

con miramientos: movilizarían a todo el personal, se lanzarían como fieras hacia el Barrio Viejo con todos sus efectivos… En total, quizá cincuenta hombres armados dispuestos a todo…

¿Cuántos chinos debían haber en el Barrio Viejo buscándola? ¿Cien? ¿Quinientos? ¿Tres mil?

Y de pronto, ante ella, lo inesperado: un cinematógrafo. No sorprendente, pues un cine no tiene nada de raro, sino, simplemente, la idea salvadora.

Se dirigió hacia la taquilla, y adquirió una entrada. Al entregarla al portero, éste la miró con curiosidad, sonriente.

—¿Le gustan las de guerra, señora?

La anciana miró entonces hacia el anuncio de la película que proyectaban, titulada *Tres en el oasis*, y vio las fotografías de carros de combate y soldados en el desierto…

—Oh, sí… —sonrió a su vez—. ¡Son tan graciosas!

Dejando estupefacto al portero, entró en la sala, y el acomodador la guió con la luz de su linterna, dejándola acomodada en una de las últimas filas. Allí, poco a poco, mientras miraba sin verlas las imágenes de la película, la anciana se fue serenando. No, no, no. Desde luego, nada de avisar a los Simones, pues seguramente no sólo llevarían la peor parte, sino que nada podrían hacer para sacarla en grupo del Barrio Viejo. Y aunque lo consiguiesen, sería a un precio que ella no estaba dispuesta a pagar: las vidas de algunos de sus queridos «niños» de la CIA.

No.

Tenía suficientes recursos para salir sola del apuro. De momento, allí estaría segura. Podía estar en el cine hasta que terminase la última sesión, alrededor de las once. Ya completamente de noche, la agente Baby no iba a necesitar a nadie para escapar de cualquier situación, por apretado que fuese el cerco. Podía escapar corriendo, saltando por los tejados, deslizándose por las cloacas, robando un coche… De mil modos.

Pero… ¿y si no escapaba?

Después de un minuto de pensar detenidamente en esta posibilidad, miró a su alrededor, y localizó las lucecitas rojas que indicaban la ubicación de los servicios. Abandonó su asiento, y fue hacia allí, desplazándose sin la menor dificultad en la penumbra de la sala.

Entró en los servicios, y se metió en una de las cabinas. Allí, en menos de dos minutos, se transformó una vez más, dejando de ser una anciana para ser, de nuevo, la bella joven rubia de ojos verdes llamada Margarita Lucientes. Tan sólo con esto, podía engañar a los chinos… como a chinos.

La idea le hizo sonreír. Pero aún quedaba algo por hacer: asegurarse de que el sobre que le había quitado al enviado chino llegaría a poder de la CIA. Lo sacó del maletín, lo colocó sobre éste, y en el anverso, con su pequeño bolígrafo de oro, escribió una dirección:

Srta. BRIGITTE MONTFORT
Pensión El Portalón
Avenida El Portalón, 200
CAPITAL

Guardó el disfraz de anciana, se aseguró de que no se dejaba nada en la cabina, y salió. Se miró a uno de los espejos, y se sonrió a sí misma.

—Tranquila, querida —se dijo—. No estarás asustada, ¿verdad? Recuerda que eres Baby.

Regresó a la sala, ocupando un sitio alejado del que había ocupado con su aspecto de anciana, y se dedicó a mirar la película, con no poca curiosidad…, justamente cuando estaba llegando el final, en el que ninguno de los *Tres en el oasis* quedaba con vida, y donde resultaba que había algo de espionaje mezclado. Interesante. La vería completa en la próxima proyección.

Las luces de la sala se encendieron, y la bella rubia se puso en pie. Inmediatamente encontró lo que buscaba: un matrimonio de edad avanzada, que se dirigía cansinamente hacia la salida… Se acercó a ellos.

—Perdón… —sonrió—. ¿Serían tan amables de hacerme un pequeño favor?

—Sí, ¿cómo no? —aceptó inmediatamente el hombre.

Margarita sacó el sobre.

—Tenía que enviar esta carta al salir de la oficina, pero se me hizo un poco tarde para llegar al cine, y me olvidé. La carta es urgente, pero no quisiera perderme parte de la película…

—¿Quiere que la depositemos en un buzón de correos?

—Sí, señor. Si fuesen ustedes tan amables…

—Naturalmente que sí. Oh, pero… no tiene franqueo, señorita.

—Santo Dios —Margarita se dio una palmada en la frente—, ¡qué descuido! ¿Ve lo que pasa por ir con tantas prisas, señor? No sé cómo me las voy a…

—Me parece que yo llevo algún sello en mi billetera —se ofreció el embelesado caballero—. Pero aunque no fuese así, da lo mismo. Compraremos uno, no se preocupe.

—Oh, qué estupendo… ¿De verdad lo harán? Ah, pero debo pagarles el importe del franqueo, claro está. Un momento…

Iba a abrir el maletín, de nuevo rojo con florecillas azules, pero el hombre movió una mano, con gesto amable.

—No tiene importancia, señorita. Mi esposa y yo seremos igual de pobres, ¿verdad, Rosalía?

—Claro. Total, por un franqueo…

—Y además es para la capital misma. Bah, un peso… No busque más, señorita, por favor.

—Vaya —Margarita los miró a los dos, sonriendo como abrumada—. Son ustedes muy amables, mucho. Miren, hoy he tenido un día de esos malos, ¿comprenden?, y por eso quise venir al cine, para distraerme un rato y olvidarme de todo. Y me alegro de haber venido; es confortador conocer personas como ustedes. Muchas, muchas, muchísimas gracias a los dos.

Se despidieron muy sonrientes, y Margarita Lucientes regresó a su asiento, dispuesta a ver cine hasta el final.

Capítulo V

La última sesión terminó a las once menos cuarto, y la señorita Lucientes se mezcló con el resto del escaso público en su lento caminar hacia la salida.

Y apenas poner los pies en la calle, vio a los dos chinos… No: cuatro. No, no… Eran seis. Estaban mirando hacia todos lados, yendo de un lado a otro, por parejas. Naturalmente, miraron hacia el grupo de personas que salían del cine, con gran atención. Margarita se dio cuenta de esto, y contuvo una sonrisa. Pero muy pronto no tuvo que hacer el menor esfuerzo para no sonreír, porque se dio cuenta de que los chinos la estaban mirando fijamente y precisamente a ella. Bueno, quizá sólo la miraban aquellos dos porque la encontraban bonita… Miró hacia otra pareja de chinos, y se estremeció: los redondos e inexpresivos ojos de los asiáticos estaban también fijos en ella. Y los de los otros dos.

Y no sólo eso, sino que uno de los últimos que miró se llevó una mano a la boca, y Margarita vio moverse sus facciones… Estaba hablando por la radio de bolsillo. ¿Casualidad… o sabían que ella, la joven rubia, era la persona anciana que buscaban?

Bajó la cabeza y se fue separando de las otras personas, enfilando una calle que se dirigía hacia el límite del Barrio Viejo. Caminaba de prisa, como si temiese llegar tarde a algún sitio, y no se detuvo hasta que, apareciendo por la primera esquina, otros dos chinos quedaron ante ella, mirándola fijamente. Y por la esquina de enfrente aparecieron dos más. Y por la misma calle que ella recorría, otros cuatro, caminando en dirección opuesta, esto es, hacia ella.

Volvió la cabeza y vio a los chinos que habían estado vigilando en la plaza donde estaba el cine: los seis, siempre por parejas, caminaban lentamente hacia ella, como al descuido. Por detrás de ellos, provenientes de otras calles que también daban a la plaza del

cine aparecían más parejas de chinos.

Margarita siguió adelante, pero los chinos que tenía delante bajaron a la calzada, metiendo su mano derecho en el bolsillo… No hacía falta saber chino para comprender lo que esto significaba, desde luego. Dio media vuelta y emprendió el regreso hacia el cine, como si hubiese cambiado de idea repentinamente respecto a su ruta.

Y ahora, sí: ahora, unas gotas de sudor cada vez más gruesas se deslizaban por la tersa frente de la bella rubia llamada Margarita… Lo sabían. Los chinos sabían que ella era la anciana. Pero… ¿cómo podían saberlo? Si estaban buscando a una anciana de blancos cabellos, encorvada, de pasito menudo… ¿cómo dedicaban su atención a una joven alta, erguida, de armonioso y ágil caminar…?

«Eulalio Urrea —este nombre fue como un impacto en la frente de Baby—. Sólo él sabe que puedo tener esta apariencia. No. Sólo él, no; también lo sabe Simón… Oh, no, por Dios… ¡Ha tenido que ser Eulalio Urrea!».

Un traidor llamado Eulalio Urrea, y un jefe del espionaje chino exterior, Ming Pei, que debía ser muy inteligente. Sumando esto, era fácil comprender las órdenes que los chinos habían recibido respecto a la búsqueda o la anciana de blancos cabellos y vestido negro, o una joven y bella rubia de ojos verdes…

Para su sorpresa, los chinos que se interponían en su camino hacia la plaza del cine, la dejaron pasar, sin dejar de mirarla. Quiso abandonar la plaza por una calle, pero cuatro chinos que había allí metieron la mano en el bolsillo… Giró, enfiló otra calle donde también habían chinos, y éstos se apartaron.

La espía más inteligente del mundo comprendió entonces. Ahora sí sonrió, sin intentar disimularlo. Aunque fue una sonrisa no poco amarga. Aun así, se acercó a una pareja de chinos, sin dejar de sonreír. Se plantó ante ellos, que la miraban no poco sorprendidos.

—¿Hablan español o inglés? —preguntó.

—Hablo español —dijo uno de ellos.

—Muy bien. Será mejor que nos dejemos de tonterías; no me gusta caminar sin saber adónde tengo que ir. ¿Serán tan amables de indicarme expresamente el camino que quieren que tome, en lugar de irme… empujando como si fuese… una vaca desmandada del rebaño? Gracias. Tengo una pistola, que está en este maletín —se lo

entregó al chino—. Y si fuesen tan amables de recoger mi bastón de ancianita… Me lo he dejado *olvidado* en una de las últimas filas del cine.

El chino tomó el maletín, miró al otro chino, y murmuró algo en su idioma. El otro asintió, y se dirigió hacia el cine, que estaban cerrando los empleados. El que hablaba español señaló calle adelante.

—Por aquí —dijo.

—Muy amable.

Comenzaron a caminar. Y a cada paso que daban, parecían brotar más y más chinos de todos los rincones. Bajo las luces un tanto escasas de los faroles que pendían de brazos de hierro forjado clavados en las paredes, la extraña comitiva siguió la marcha, en un silencio completo. Prácticamente, sólo ellos paseaban a aquella hora por el Barrio Viejo, y Margarita se dio cuenta de pronto de que los tacones de sus zapatos eran audibles. Toc-toc-toc-toc-toc…, sonaban los tacones de sus zapatos sobre el adoquinado viejo y gastado.

Margarita volvía de cuando en cuando la cabeza y sonreía al ver su cada vez más nutrido cortejo de chinos.

«Me parece —pensó— que me estoy tomando a broma algo que no tiene nada de divertido».

No se sorprendió en absoluto cuando la comitiva se detuvo al llegar a una pequeña plaza. A la luz de uno de aquellos faroles de brazos de hierro forjado, pudo ver la placa en la esquina: Plaza del Sol.

Se volvió hacia el chino que caminaba más cerca de ella.

—¿Dónde está el número 24? —preguntó.

El chino sonrió secamente, y señaló una de las casas. La espía se dirigió hacia allí…, y la puerta se abrió antes de que llegase, y una luz se encendió dentro de la casa, en el recibidor, iluminando a la joven chinita que se quedó mirando a Margarita con gran curiosidad.

—Buenas noches… —saludó la espía—. ¿Es usted una de las dulces hijas del honorable Ming Pei?

—Sí —sonrió la chinita, hablando también en español—. Tenga la bondad de pasar.

—Mil gracias —Margarita entró en la casa, seguida solamente de media docena de chinos—. ¿Cuál es su nombre, jovencita?

—Ti Lai.

—Precioso. ¿Y cómo se llaman sus hermanitas?

—Chi Pa y Wai Min… —rió Ti Lai—. Sabe usted muchas cosas, ¿verdad?

—¡Huyyyy…! Pero algunas de las cosas que me han dicho no me gustan nada.

—¿Por ejemplo? —se interesó Ti Lai, señalando hacia el interior de la casa.

—Pues me han dicho, supongo que malas lenguas, que usted y sus hermanitas no son… propiamente hijas de Ming Pei, sino sus concubinas.

—En China tenemos un proverbio que dice: «Deja siempre un pequeño sitio para el error».

—¿Eso quiere decir que no es cierto?

—El proverbio está dicho: «Saque usted sus propias conclusiones».

—Qué conversación tan interesante… ¿Cómo terminará?

Ti Lai empujó una puerta y se apartó.

—Ming Pei se lo dirá —replicó.

Margarita entró en aquella estancia, destartalada, grande y no muy bien iluminada. Debía utilizarse como sala de estar, porque había sillones, un sofá, una aceptable biblioteca, un mueble con tocadiscos y televisor… Si no hubiese sido tan grande y destartalada casi habría resultado confortable.

Ming Pei estaba en uno de los sillones, todavía con su camisa de colores. Cerca de él, en el sofá, estaban la camarera Ni Lian y el enviado de Pekín, Tsui Cheng, los tres mirándola fijamente. Ming Pei parecía impasible, pero había un claro destello de odio en los ojos de Ni Lian y Tsui Cheng… Detrás de Ming Pei, de pie, otras dos jóvenes chinas, tan bonitas como Ti Lai, miraban con amable curiosidad a la recién llegada.

Los seis chinos habían entrado también, y el que llevaba el maletín de Baby se acercó a Ming Pei, y se lo entregó. Ming Pei lo abrió, estuvo mirando dentro removiendo con exquisito cuidado el contenido, y por fin, volvió a mirar a Margarita.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿El qué? —se «sorprendió». Margarita.

—El sobre.

—¿Qué sobre?

El amarillento rostro de Tsui Cheng pareció adquirir un color más denso, se congestionó, y el chino comenzó a levantarse del sillón, pero Ming Pei le hizo un gesto seco, sin mirarlo directamente.

—Quizá nos estamos equivocando con usted —deslizó, con voz tranquila—. ¿No es usted la anciana que le robó el sobre a mis amigos Ni Lian y Tsui Cheng?

—No sé de qué me habla.

Ti Lai le dijo algo a su padre, y también el chino que se había hecho cargo del maletín intervino, ambos en chino. Luego, fue Ming Pei quien dio una orden, también en chino, así que Margarita no supo lo que habían hablado. Pero muy pronto se enteró de parte de la conversación, cuando los seis chinos se acercaron a ella, y, sin ningún miramiento, comenzaron a desnudarla, a tirones, rasgando sus ropas. En pocos segundos, la divina espía internacional perdió hasta la última de sus prendas de vestir…, que fueron llevadas, en montón, a Ming Pei.

El cual sonrió a Margarita.

—¿Tiene frío? —se interesó.

—Oh, no… El clima es muy bueno en este país; nunca hace frío.

Ming Pei asintió, con gesto amable, y se volvió hacia Tsui Cheng. Conversaron unos segundos, y Cheng se hizo cargo de las ropas de Margarita, y Ming Pei la emprendió de nuevo con el maletín. Tanto unas como otro fueron examinados a conciencia. Las ropas quedaron convertidas en trozos diminutos, los dobladillos fueron descosidos, con la ayuda de las tres hijas de Pei. El maletín quedó vacío, y Ming Pei encontró el doble fondo. De allí, lo que más pareció interesarle fueron los veinte mil dólares en billetes de cien, que se guardó en un bolsillo, sonriendo.

Miró con curiosidad y aprobación los pasaportes falsos de la espía internacional: Nora Tisdale, ciudadana británica; Galina Cherkova, ciudadana rusa…

—Pero ninguno de éstos es el verdadero, ¿no es así? —El chino miró a Baby—. ¿Cuál es su nombre verdadero?

—Margarita Lucientes.

—No… —negó Ming Pei—. La agente Baby es ciudadana norteamericana, eso nos consta.

—¿De quién habla usted? —Alzó las cejas Baby.

—¿No es usted Baby, de la CIA?

—¡Qué disparate! ¡Jamás había oído este nombre!

Ming Pei entornó los ojos y estuvo mirándola unos segundos en silencio. Luego, sin haber dicho una sola palabra, volvió a dedicar su atención al contenido del maletín… No quedó nada por examinar: las ampollas de gas en su nuevo estuche de papel de aluminio que las hacía parecer grageas, los pequeños prismáticos que podían convertirse en visor para microfilmes, el cepillo para el cabello que contenía un estilete, la pequeña cámara fotográfica, el pequeño trípode de patas de aluminio, el secador de cabello a pilas, el paquete de cigarrillos que contenía una radio, la radio de repuesto, que parecía una pitillera… Lo último que miró Ming Pei, con gesto divertido, fue la pistolita con cachas de madreperla, que volvió a depositar en el maletín.

Cerró éste, miró a Tsui Cheng, que movió negativamente la cabeza, y volvió a mirar a Margarita.

—¿Y el sobre? —preguntó.

—¿Qué sobre?

—Lo ha entregado a alguien. ¿A quién? ¿Dónde podemos encontrarlo… inmediatamente?

—No tengo idea de lo que usted está diciendo, señor.

Ming Pei quedó reflexivo unos segundos, antes de musitar, sin mirar a Margarita:

—¿Conoce usted el Kempo, señorita Lucientes?

—Sí. Es el boxeo chino… Algo parecido al Kung Fu, si no estoy equivocada.

—Mmm… Bueno, más o menos, sí, es lo que usted dice… ¿Qué sistema de lucha es el preferido de usted? Y no me diga que ninguno, pues sabemos que la agente Baby tiene grandes recursos en este sentido. Dicen que es algo fuera de serie, excepcional… ¿Es verdad?

—No creo ser nada excepcional. Pero debo admitir que practico un poco el judo.

—Ah… ¿Un poco? Bien… ¿qué grado tiene?

—Cuarto Dan.

—¿Qué me dice usted? ¿De veras? ¡Pero eso es… increíble en una mujer, señorita Lucientes! ¡Cuarto Dan! Bueno, va usted a tener

oportunidad de hacernos una pequeña demostración de sus recursos personales… Judo contra Kempo. ¿Está de acuerdo?

—No.

—¿Tiene miedo? —se sorprendió grandemente Ming Pei.

—No.

—Entonces, no comprendo.

—Ya maté a uno de ustedes, y no quisiera matar a nadie más, señor Pei. Siempre se consigue más con la inteligencia que con la fuerza.

—Estoy de acuerdo. Dígame cómo podemos recuperar *inmediatamente* el sobre que le quitó usted a Tsui Cheng y dejaremos esa demostración de luchas para mejor ocasión. ¿Me lo dice?

—No.

Ming Pei parpadeó. Murmuró algo en chino, y varios de sus hombres cayeron sobre Margarita, que, cuando vino a darse cuenta, tenía las manos atadas a la espalda. Luego, Ming Pei hizo una seña, y sus tres hijas se adelantaron hacia Baby, sonriendo. Ti Lai cerró los puños, con fuerza, y luego los abrió, lentamente, estirando mucho los dedos, apuntando con ellos hacia el rostro de Margarita.

—No… —dijo Ming Pei—. Los ojos, no. Eso, en todo caso, sería al final.

Los dedos de Ti Lai volvieron a cerrarse, moviéndose las manos por delante del rostro de la espía, como en pases mágicos que pretendían hipnotizarla…, mientras otra de las chinitas, Chi Pa, se acercaba por detrás y se disponía a golpear en los riñones…

La pierna derecha de Baby salió disparada, como en una coz fulminante, que alcanzó a Chi Pa en el bajo vientre, y la tiró hacia atrás, encogida sobre sí misma, gimiendo… Ti Lai disparó entonces su puño derecho hacia el rostro de Baby, que siguiendo el impulso de la patada, se inclinó hacia delante, dio un paso, se irguió de modo que el brazo estirado de Ti Lai quedó encima de su hombro izquierdo, y ella alzó la rodilla de ese lado, incrustándola entre las piernas de la chinita, que se llevó las manos allí y cayó sentada, desencajado el rostro…, mientras Baby se volvía hacia Wai Min, que cargaba contra ella sin grandes precauciones, convencida de que la *víctima* no podía hacerle frente…

Wai Min salió de su error inmediatamente, al recibir un

puntapié entre los senos que la tiró de espaldas como fulminada.

—¿Qué pasa? —preguntó como divertido Ming Pei—. ¿Ni siquiera teniendo las manos atadas a la espalda vais a poder con ella?

Las tres chinitas estaban de nuevo en pie, crispados ahora sus rostros en una mueca de odio.

Y ya no se descuidaron. Comenzaron a acercarse a Margarita una por cada lado, con los brazos extendidos, los puños fuertemente apretados. Baby desdeñó a Wai Min, que era la que parecía más afectada por el golpe anterior, y procuró encararse a las otras dos. Ti Lai avanzó de pronto, y descargó un golpe que silbó en el aire al pasar rozando la cabeza de la espía, apartada velozmente.

Al mismo tiempo, Baby intentó repetir el golpe anterior, con la rodilla, pero Ti Lai estaba preparada esta vez y la parada con el antebrazo izquierdo fue perfecta. Al mismo tiempo, volvía a golpear con el puño derecho…

El golpe alcanzó a Baby en plena boca, y le partió los labios, al mismo tiempo que, por detrás, la desdeñada Wai Min golpeaba con inaudita furia los riñones de la divina espía, que quedó como tronchada hacia delante y hacia atrás, desencajado el rostro… Chi Pa llegó entonces, disparó su puño, y la nariz de Brigitte Montfort reventó en un surtidor de sangre… Las verdes lentillas de contacto habían saltado de las pupilas, y todos vieron los azules ojos un instante, girando hacia arriba, mientras la espía se desplomaba de espaldas.

—Levantadla y seguid con ella —dijo Ming Pei—. A menos que la señorita Lucientes recuerde cómo y dónde podemos recuperar el sobre.

Las tres chinas habían puesto en pie a Brigitte, que lo veía todo turbio, como bailando a su alrededor, como agitándose igual que el oleaje del más encrespado mar. La sangre de su boca y nariz caía sobre su pecho desnudo, y se deslizaba por el terso vientre… Parecía sangre sobre oro.

Como quiera que no contestase, por la sencilla razón de que no podía hacerlo, Ming Pei hizo una seña, y las tres chinitas la emprendieron de nuevo a golpes con ella. Unos golpes espantosos, en los riñones, en el vientre, en los senos, en el hígado… Tardó solamente cinco o seis segundos en desplomarse de nuevo, por

fortuna para ella, pues a pesar del golpe que se dio al caer, resultó menos malo que los puños de las chinitas, que parecían de piedra.

—Vamos, vamos… —instó Ming Pei—. ¡Seguid con ella! Y no la dejéis hasta que esté dispuesta a darnos esa información… ¡Sin matarla!

La volvieron a poner en pie. El mundo giraba a velocidad de vértigo alrededor de Brigitte Montfort, pero sabía lo que estaba pasando, y lo que iba a seguir…

—Es… es inútil… —jadeó—. ¡Es inútil!

—¡Esperad! —ordenó Pei, poniéndose en pie; se acercó a Baby y la asió rudamente por los cabellos—. ¿Qué ha…?

Ming Pei se calló y se quedó mirando la rubia peluca que había quedado en sus manos. La tiró a un lado y vio los negros cabellos caer suavemente sobre los hombros desnudos…

—De sorpresa en sorpresa… ¡Por supuesto que es usted la agente Baby! ¿Lo es o no?

—Sí… Sí, sí, sí…

—De acuerdo. ¿Qué ha querido decir con eso de que *es inútil*?

—El sobre…, el sobre ya está… camino de… de la Central de la… de la… la CIA…

—¿Lo ha enviado ya? ¿Cómo? ¿Por medio de quién? ¿Qué ruta ha seguido ese hombre…, esa persona?

—Va… por Correo…

—¡Por Correo! —gritó Ming Pei—. ¿Cuándo echó la carta al correo, dónde…?

—No… lo sé… Vi un buzón en la calle, tuve… tuve esa idea, y… lo… envié el sobre a… a… a un apartado de… de Washington… por vía… aérea… Ya nadie… puede impedir que… que llegue… a la… la CIA… Nadie puede… impedirlo…

—¿La matamos ya? —preguntó Ti Lai.

—No —negó Ming Pei.

—Pero si ya ha enviado el sobre…

—Tenemos muchas cosas que hacer, precisamente porque ella ha enviado el sobre. Nos la llevaremos en el coche… Dormidla.

Brigitte Montfort, alias Baby, vio el movimiento del brazo de Ti Lai, pero nada podía hacer. No sólo porque estaba atada y además sujeta por las otras dos chinas, sino porque se le doblaban las piernas, no veía bien, le dolía todo, el mundo giraba…

Recibió el impacto en el vientre, y una densa negrura apareció en sus ojos.

Todavía recibió otro golpe… pero de ése ya no se enteró.

Capítulo VI

La primera sensación fue de dolor en los ojos, apenas abrirlos. Los volvió a cerrar, pero en sus pupilas quedó la mancha luminosa de una bombilla encendida.

Se quedó inmóvil, y los pensamientos fueron ordenándose en su mente. Y, quizá al pensar en lo sucedido, el cuerpo y la nariz comenzaron a doler le… Le dolía todo. Movió los labios, y la costra de sangre seca se rompió en ellos, produciéndole un leve dolor, y, especialmente, una gran desesperanza…, al mismo tiempo que una furia sorda, una especie de ardor en el pecho, al recordar lo que habían hecho con ella las tres chinitas hijas de Ming Pei mientras ella tenía las manos atadas a la espalda.

Entreabrió los ojos, vio el resplandor, y desvió la mirada. En pocos segundos estuvo en condiciones de abrirlos completamente.

Y entonces vio al chino.

Un chino tan viejo que la primera impresión al verlo era de sorpresa por el hecho de que pudiera estar vivo. Tenía los cabellos completamente blancos, y el rostro arrugadísimo, seco, como la más vieja piel. Y los ojos, negros, eran de triste mirar… La mirada de quien nada espera de la vida…, o quizá la mirada de quien ya ha comprendido que la vida no vale la pena vivirla.

—¿De verdad envió usted a Washington las instrucciones que traía Tsui Cheng desde Pekín? —preguntó el viejo chino con voz cansada, y, en cierto modo, esperanzada.

—¿Quién es usted? —murmuró Brigitte.

—Me llamo Ah Chow. Soy… un viejo espía que no sirve ya para nada a nadie. ¿Usted es Baby? ¿De verdad?

Margarita Lucientes miró alrededor. Se encontraba en una habitación modestamente amueblada. Había un armario, un par de sillas y la cama; junto a ésta, una mesita de noche. El viejo estaba sentado en una de las sillas, y la miraba ahora en silencio,

esperando… El silencio era tal que Baby oyó perfectamente el rumor del mar. O se lo pareció.

—¿Estamos en la costa?

—En la playa. En mi pequeña casa de la playa… Siempre he sido un gran admirador suyo —el viejo sonrió, mostrando su desdentada interioridad bucal; habían solamente dos o tres dientes en la mandíbula superior, amarillentos, retorcidos—. Y para ser sincero, me gustaría hacer algo por usted, pero… no puedo.

—¿Por qué no?

—Oh… Bueno, señorita Lucientes, yo soy chino, ¿sabe usted? Quiero decir…

—Le comprendo. ¿Dónde estoy exactamente y qué hago en este lugar, sea el que sea?

—Ya le digo: está en mi casa de la playa… Y está esperando el momento de ser embarcada con rumbo a China, según tengo entendido. Es lo malo de ser tan famoso… En cambio, por el viejo Ah Chow nadie ofrece nada. ¿Envió las instrucciones que traía Tsui Cheng a Washington?

—Sí.

Ah Chow movió la cabeza, dubitativo.

—No sé si alegrarme o sentirlo, de verdad. Por favor, no se lo vaya usted a decir a Ming Pei, pero… en el fondo, me alegro. Era todo demasiado terrible.

—¿A qué se refiere?

—A las instrucciones. Les he oído hablar… Están muy furiosos. Si yo fuese usted, preferiría morir ahora mismo antes que llegar con vida a China. De todos modos —sonrió de nuevo—, supongo que usted hizo el trabajo para el que fue enviada a San Santo. Y eso es admirable… Admirable. ¿Quiere usted que la mate? Yo podría decir que se me disparó la pistola, o que usted quiso atacarme… Si lo desea, puedo matarla.

Margarita Lucientes contemplaba entre estupefacta y desconcertada al viejo Ah Chow.

—La verdad, señor Chow, no siento gran deseo de morir.

—Bien… Como guste. Mi intención era buena, se lo aseguro.

—Quizá lo entenderé si me lo explica.

Ah Chow estaba sorprendido.

—Parece que no me ha entendido usted… —Se dolió—. No soy

un sádico, ni un asesino… Solamente quería evitarle muchos malos ratos. Si la llevan a China con vida, usted recordará muchas veces mi oferta, y comprenderá que mi intención era buena… Siempre he sido un gran admirador de una mujer que ha estado haciendo todas esas cosas durante años y años…

—Es decir, que usted se ofrece para evitarme sufrimientos.

—¡Sí, claro, exactamente!

—Se lo agradezco, pero creo que aún puedo soportar algunas cosas.

—Quiero decirle que las torturas chinas que aparecen en algunas malas películas son cosas de niños comparadas con la realidad… ¿Usted entiende?

—Sí. Pero yo siempre he pensado que mientras hay vida hay esperanza.

—Entiendo… ¿De verdad, de verdad, de verdad es usted la agente Baby?

—Sí.

El viejo Ah Chow movió la cabeza con gesto de pesar.

—Siempre he llegado tarde a todo. Me habría gustado conocerla, aunque hubiese sido sólo diez años antes, cuando tenía ochenta y dos… Sí, me habría gustado. Pero ahora, ya no sirvo para nada. ¿Sabe lo que van a hacer conmigo después que se hayan llevado los proyectiles atómicos? Pues me dejarán aquí unos días y, luego, enviarán a buscarme, me llevarán a China y allá me darán un plato de arroz hasta el fin de mis días… como agradecimiento a los servicios prestados en Sudamérica durante más de treinta años.

—Quien espere algún sentimentalismo del espionaje está loco o es un ingenuo… —murmuró Baby—. ¿De qué proyectiles atómicos habla usted?

—De los que han ido trayendo durante meses y meses a la costa rocosa, cerca de mi casa… ¿No leyó usted el informe que traía Tsui Cheng?

—No hablo, ni entiendo, ni leo el chino, señor Chow. Me limité a enviar el sobre con su contenido. Allá siempre habrá alguien capaz de traducirlo.

—Por supuesto… ¿De modo que usted no pudo leer lo que ponía en esas instrucciones?

—No.

Ah Chow quedó como traspuesto, sus ojos parecieron apagarse, y permaneció tanto tiempo inmóvil y en silencio que Brigitte pudo echar otra mirada alrededor y a sí misma. Continuaba desnuda, tendida en una cama y, desde luego, con las manos atadas a la espalda.

—Sí… —dijo de pronto Ah Chow—. Creo que me alegro de la intervención de usted, porque ha dado lugar a que sean abandonados los planes que llevaban preparados mucho tiempo. En estos momentos están colocando los proyectiles en balsas, los llevarán a alta mar y serán recogidos, en piezas, por alguno de nuestros submarinos… Lo cual, en definitiva, quiere decir que no serán disparados. Sí, me alegro. A fin de cuentas, llevo más de treinta años en este país.

—¿Quién habría disparado esos proyectiles?

—Nosotros… Bueno, los especialistas chinos, entiéndame. Supongo que todo esto es del conocimiento de usted.

—No del todo.

—Me refiero a las elecciones… Todo está relacionado con las elecciones, claro. Usted ya sabe todo eso, ¿no? Se presentan dos candidatos a presidente, puesto que el actual, don Luis Barea, renuncia a ser reelegido. Así que se presentan Emilio Palermo y Apolinar Robledo… ¿Los conoce?

—Personalmente, no.

—Son dos buenos ejemplares… —Ah Chow alzó las cejas, como rumiando pensamientos desconcertantes—. Sobre todo, Emilio Palermo, nuestro candidato.

Margarita Lucientes se quedó mirando sobresaltada al anciano.

—Me parece que se equivoca usted… —susurró—. El candidato de ustedes debe ser Apolinar Robledo. Emilio Palermo es, precisamente, el candidato que Estados Unidos está apoyando para que consiga la presidencia.

—Sí, ya lo sé… —Ah Chow emitió una risita aguda—. ¡Ji, ji, ji…! Bueno, ahora ya no podremos seguir engañándoles, puesto que usted ha enviado ese sobre a Washington. Por eso retiran los proyectiles atómicos: porque la CIA sabría, sin la menor duda, quién los había disparado… y China no quiere complicarse tanto sus buenas relaciones con Estados Unidos. Por su modo de mirarme, me parece que no me entiende usted, Baby.

—No… —susurró Brigitte—, no le entiendo.

—Eso me decepciona un poco. ¿No ha comprendido que el candidato *verdadero* de China es Emilio Palermo?

—No… ¡no!

—Bueno, no tiene que asustarse, puesto que envió a Washington las instrucciones que trajo Tsui Cheng de Pekín. Allí está todo muy bien explicado, así que no se preocupe.

—¿Está usted diciendo… que Emilio Palermo es el hombre que… que China quiere colocar en la presidencia de San Santo?

—Claro… Oh, no haga caso de eso de que él es anticomunista. Es mentira. Apolinar Robledo, el que ustedes querían impedir que llegase a la presidencia, sí es anticomunista. Bueno…, digamos que es antitodo. Lo que pasa es que en el comunismo ve una forma de vida más o menos favorable para su pueblo. Pero… de eso a aceptar directrices comunistas hay mucho trecho. No… Jamás habríamos conseguido nada de Apolinar Robledo. Así que China se dedicó por medio de su servicio secreto a crear una imagen cada vez más definida de Apolinar Robledo como comunista, cuando la verdad no es ésa… Apolinar Robledo, simplemente, no aceptaría… indicaciones de ningún país respecto a cómo debía gobernar en San Santo.

—¿Y Emilio Palermo sí?

—Oh, sí. Emilio Palermo es el hombre de China. Hace más de dos años que llegamos a un acuerdo con él: había que crearle una imagen anticomunista cien por cien. Y de este modo, Estados Unidos, que tiene un gran poder en los medios electorales del país, presionaría para que Palermo saliese elegido presidente, creyendo que todas las ventajas serían para ellos. Pero la realidad, ya le digo, es que Palermo es nuestro hombre, y lo ha sido desde el principio, prácticamente.

—Mentira… ¡mentira!

—¿Cree usted que le estoy mintiendo? —se sorprendió el viejo Ah Chow—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Me está engañando…

—¿Para qué? —Ah Chow no salía de su asombro—. ¿Qué ganaría yo con ello? Oh, bueno, yo… ¿Qué importo yo? La pregunta es: ¿qué ganaría China con que yo le mintiera a usted? Las instrucciones que traía Tsui Cheng están ya camino de Washington,

y allá se enterarán de todo… ¿Por qué tendría que mentirle yo a usted?

—Es decir, que ustedes querían realmente que saliese elegido Emilio Palermo, el cual está en tratos con ustedes desde el principio. Pero, precisamente para no encontrar oposición en el poder electoral de la CIA en San Santo, idearon la postura de Palermo… Él debía simular ser anticomunista y así sabía que tendría todo el apoyo de Estados Unidos y que triunfaría en las elecciones. Y una vez fuese elegido, contando con el apoyo de Estados Unidos, su política sería… la que China le dictase.

—Claro… Exacto, sí. Veo que, por fin, lo ha entendido. Es una inteligente jugada, ¿verdad?

—Sí… —admitió Baby—. Sí, lo es, en efecto.

Ah Chow metió un dedo provisto de larga uña entre sus blanquísimos cabellos, y se rascó de tal manera que a Baby le pareció un viejo mono defraudado.

—Una inteligente jugada… —murmuró—. Y usted, al enviar esas instrucciones a Washington, la ha echado a perder.

—Quiere usted decir que en esas instrucciones se explica esa jugada con claridad, ¿no?

—Bueno, no con demasiada claridad, pero… —Ah Chow volvió a sonreír—, ya sabemos que en Washington no son tontos. Comprenderán la jugada y, en el acto, retirarán su presión a favor de Emilio Palermo. Con lo cual, el elegido será, supongo, Apolinar Robledo. En cuyo caso, ni Estados Unidos ni China habrán ganado nada. Pero, al menos, Estados Unidos habrá evitado un… foco chino-comunista en plena Sudamérica. La verdad —el ceño del viejo se frunció—, no debería sentir simpatía hacia usted, Baby.

—Si su simpatía va a manifestarse matándome, puedo prescindir de ella… ¿No tiene un cigarrillo?

—Lo siento, yo no fumo. ¿Quiere que vaya a pedir por ahí a mis compatriotas?

—Me gustaría fumar —asintió Brigitte Montfort—. Y ya que usted es tan amable…

—Veré si puedo conseguírselo.

Ah Chow se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta con un caminar casi cómico. Y, ciertamente, él no hacía teatro, como cuando Baby se disfrazaba de anciana. Salió lentamente,

apoyándose en el marco de la puerta, arrastrando los pies…

Todavía oía sus pasos cuando Baby comenzó a dar tirones de las cuerdas que ataban sus muñecas. Por un momento, le pareció que cedían, pero pronto se convenció de que no era así. Quizá si dispusiese de mucho tiempo… Siguió dando tirones, torciendo las muñecas, intentando flexionar los dedos de modo que llegasen a los nudos… Pero cuando Ah Chow reapareció, con un cigarrillo ya encendido entre sus dedos que parecían de viejo pergamino, no estaba segura de haber adelantado gran cosa.

—Les dije que era para mí —sonrió—, pero no me creyeron. Tuve que ir a pedírselo personalmente a Ming Pei, que estaba hablando por la radio… No pudo negármelo. La ayudo, ¿verdad?

Puso el cigarrillo entre los labios de Brigitte, que estuvo a punto de gritar de dolor. Pero inhaló el humo y lo expelió con un suspiro de satisfacción…

—Gracias… ¿Tienen ustedes una radio aquí, en esta casa?

—Sí, claro… Es la emisora central de San Santo. Nadie se ha fijado nunca en mí, seguramente porque llevo tantos años en el país. Cuando llegué me dediqué a pescar, pero, finalmente, ya no pude hacer otra cosa que vivir de cualquier manera… Los años pesan mucho… ¿Quiere fumar más?

Margarita Lucientes asintió, dio otra chupada al cigarrillo y preguntó:

—¿Y con quién está hablando Ming Pei?

—Con los del submarino, claro, para que salgan al encuentro de las balsas que van a transportar los proyectiles.

—No entiendo qué papel jugaban esos proyectiles en todo esto.

—Pues… Bueno, en el fondo, siempre hemos temido que algo saliese mal, y en ese caso, la idea era lanzar esos proyectiles sobre las ciudades más importantes de San Santo, buscando… un giro a la situación que nos favoreciese. Y eso es lo que va a suceder: en cuanto en Washington traduzcan el contenido del sobre que usted les ha enviado, darán contraorden, y el elegido para presidente será Apolinar Robledo… Si tal cosa sucedía, la intención era bombardear el país, organizar una revuelta, y, a las malas, colocar en la presidencia a Emilio Palermo. Pero no contábamos con que la CIA consiguiese una información como la que usted les ha enviado… Una información que les haría comprender quién había lanzado

esos proyectiles. Y, como le he dicho antes, eso no nos interesa.

—Pero habrían disparado esos proyectiles si la CIA no pudiese saber que era cosa de China.

—Sí… —Ah Chow frunció el ceño—. Y ésa era la parte del plan que no me gustaba… Es horrible. Por eso, en el fondo, le estoy agradecido a usted. Creo —reflexionó— que incluso amo a San Santo… Sí, me parece que es así. La idea de que China tuviese aquí unos… aliados me complacía. Pero la idea de que sean disparados esos proyectiles atómicos… Bueno, no me gustaba nada.

—Pero no habría hecho nada por impedirlo.

—¿Yo? ¿Impedirlo? —Ah Chow la miró como si la considerase loca completa—. ¿Cómo podría hacerlo? Mire, yo siempre he sido un… pequeño espía de China. Cosas diminutas, usted ya me entiende. La verdad es que ya estaba acostumbrado, y lo consideraba todo tan normal que, a veces, incluso he estado a punto de hacer comentarios con mis amigos de San Santo, como quien habla del tiempo o de la pesca… Y de pronto, un día, hace más de tres años, se me presentó aquí Ming Pei… Oh, perdón. Fume, fume.

Brigitte volvió a chupar del cigarrillo, y se quedó mirando fijamente al anciano, que parecía haber perdido la continuidad de sus pensamientos.

—Ah, sí… —dijo de pronto—. Bien, pues eso: se me presentó aquí Ming Pei y me dijo… Al principio, me pareció muy gracioso… ¡Ji, ji, ji…! Me dijo que, por fin, China iba a recurrir a mis servicios en algo realmente importante… Verá, cerca de mi casa, hacia la punta sur de la cala, hay unas grandes formaciones rocosas, con muchas cuevas, para llegar a las cuales hay que pasar bajo el agua… Ming Pei me dijo que, a partir de aquel día, irían llegando unos cargamentos que serían depositados en aquellas cuevas, y que yo sería el encargado de vigilarlas. Quiero decir que si, por ejemplo, veía a alguien buceando por esa parte, debía avisar inmediatamente a Ming Pei, ¿comprende? Vigilar bien día y noche… Por las noches, de cuando en cuando, llegaban hombres de Santoña y montaban balsas con troncos y se iban mar adentro. Regresaban con los fardos y los metían en las cuevas. Luego desmontaban las balsas y se iban otra vez a la ciudad, siempre antes del amanecer. Le aseguro que yo no sabía nada de todo esto… Pero un día, le pregunté a Ming Pei, le hice comprender que yo tenía derecho a saber qué estaba vigilando,

qué estaba haciendo, qué ocurría… Él estaba de muy buen humor, porque había gozado mucho con sus ejecutoras…

—¿Con quién?

—Sus ejecutoras: Chi Pa, Ti Lai y Wai Min. Son también sus concubinas, desde luego… —Ah Chow sonrió desganadamente—. Por lo que me han contado, creo que usted ya las conoce.

—Sí…, sí, las conozco.

—Bueno, él había gozado mucho aquel día, se sentía… amable y comunicativo, y me contó todo el gran plan. Desde entonces, no estoy muy seguro de que esté haciendo algo en beneficio de China. Pero ahora, gracias a usted, se están llevando esos proyectiles, y por eso estoy… contento y agradecido. Nadie va a salir perjudicado… de un modo tan horroroso.

—Usted está intentando convencerme de que es una bellísima persona, ¿no es eso, señor Chow?

—Me parece —murmuró el anciano— que es usted demasiado joven para entenderme.

—Quizá no. Hable, y yo le diré si le entiendo.

—Mire, si se tratase de favorecer algún plan de China degollándola a usted, lo haría ahora mismo y con mucho gusto. Usted es una espía, sabe muy bien lo que se juega cada vez que sale de su país, de su casa… No hay engaños. Pero… Bien, piense lo que quiera, pero en cuanto a mí, eso de disparar unos proyectiles atómicos sobre unas cuantas ciudades, me… me tenía… enfermo… No me entiende, ¿verdad?

—Sí… —musitó—. Le entiendo perfectamente, señor Chow. ¿Cuánto calcula usted que tardarán en terminar de cargar en las balsas esos proyectiles?

—No lo sé. Han venido…

—¿Piensa hacer algo para impedirlo? —Sonó otra voz en la puerta.

Capítulo VII

Ah Chow volvió la cabeza, retorciendo su flaco cuello, que pareció más que nunca una simple piel seca llena de huesos. Margarita sólo tuvo que mover los ojos para ver a Ming Pei, que la contemplaba con amable ironía.

—Ming Pei… —murmuró el anciano—, ¿ya has terminado de hablar por la radio?

—Para ser tan viejo, Ah, tus preguntas resultan muy necias… —Se adelantó Ming Pei, tras el cual aparecieron Ni Lian y Tsui Cheng—. Y para ser tan viejo hablas demasiado.

—¿Me has oído? —Pareció apagarse la voz del anciano.

—He oído lo suficiente. Y mi curiosidad se ha despertado: ¿qué dirían en Pekín si les dijese que el viejo y muy apreciado Ah Chow se siente enfermo por participar en uno de los más grandes planes de China?

—¿Lo vas a decir? —Se tensó la voz del anciano.

—No lo sé.

—Ming, no lo hagas… —Sonó ahora temblorosa la voz de Ah Chow—. Por favor, no lo hagas. No he perjudicado a nadie, llevo más de cuarenta años trabajando para China fuera de allí, treinta años aquí… Por favor, te lo suplico…

—No suplique… —intervino Margarita—. Seguramente, a Ming Pei le satisfará mucho privar a un anciano de sus últimos platos de arroz. No suplique, Ah Chow.

—A veces —Ming Pei se acercó más a la cama donde yacía la divina espía—, las súplicas conmueven a las fieras, señorita Lucientes. ¿Nunca lo ha intentado?

—No.

—¿Nunca ha suplicado?

—No.

—¿Ni siquiera por su vida?

—Cada vez que salgo de casa me despido de mi vida.

—Pero usted… siempre ha vuelto.

—Yo siempre vuelvo, Ming Pei.

Éste se quedó mirando sonriente a la espía. Sonriente, desconcertado, admirado…

—¿Sabe usted lo que hizo el sabio Einstein con su cerebro, señorita Lucientes…? Después de muerto, se entiende.

—Lo donó, a la ciencia.

—Sí… Y muchos sabios científicos estuvieron estudiando, mucho tiempo ese cerebro prodigioso. ¿Qué dirá que encontraron?

—Nada realmente especial. Creo que pesaba sólo un poco más que el cerebro de cualquier otro hombre inteligente y que tenía unas pocas circunvoluciones más.

—Sí… En definitiva, su cerebro fue clasificado como inteligente, desde luego, pero nada que sorprendiese al mundo. Quizá su caso sea distinto.

—¿Mi caso?

—Sí… Como usted bien sabe, en muchas ocasiones nos ha… molestado mucho a los chinos. Especialmente, a los del servicio secreto, motivo por el cual, en general, no goza de muchas simpatías en China. Y siempre ha surgido la pregunta: ¿cómo puede, cómo ha podido una mujer, *esa mujer*, hacer tal o cual cosa? En ocasiones, usted ha solucionado complicadas situaciones a base de mucho valor; otras veces, con una inteligencia, una astucia…, una intuición verdaderamente asombrosas. Yo pienso que quizá muy pronto su corazón y su cerebro nos digan algo a los chinos que nos aclare sus grandes facultades en ambos sentidos.

—Eso quiere decir —sonrió Baby— que piensan estudiar mi corazón y mi cerebro.

—En efecto. Si no fuese por eso, ya estaría muerta.

—Bueno… Soy una chica afortunada, ¿verdad?

—Mucho… hasta ahora. ¿Por qué le interesa saber lo que está pasando ahí fuera?

—Era simple curiosidad.

—¿Le gustaría satisfacerla?

—¡Oh, sí!

Ming Pei se echó a reír.

—Tiene usted la extraordinaria cualidad de inspirar simpatía,

señorita Lucientes. Y tengo la impresión de que cualquier hombre debe sentirse inclinado a complacerla. ¿Es así?

—He encontrado muchos hombres complacientes…, para desgracia de ellos.

—En ese caso, procuraré no ser demasiado complaciente. Sin embargo, si desea ver lo que está pasando ahí fuera, tendré mucho gusto en acompañarla.

—Acepto encantada. Gracias.

Brigitte puso los pies en el suelo y se incorporó. Ming Pei tuvo, por un instante, un significativo destello en sus negros ojos al contemplar aquel cuerpo que parecía de oro.

—Sí… —murmuró—. Cualquier hombre debe sentirse inclinado a complacerla.

—¿Usted no? Oh, perdón… Olvidaba que tiene tres complacientes concubinas… que son, a la vez, ejecutoras. Es de esperar que algún día se equivoquen y, en lugar de amarle, le corten el cuello.

—¡Pierda esa esperanza! —rió Pei—. ¿Vamos?

—¿No podría darme alguna ropa?

—Me pareció que usted no tenía frío.

—No, pero…

—Oh, vamos, señorita Lucientes… La noche es hermosa, la brisa agradable… Se sentirá muy bien tomando el fresco. Ah Chow, ve a la radio por si hay alguna llamada.

—Sí, Ming… —murmuró el anciano, retirándose rápidamente, arrastrando los pies.

—Es un pobre viejo… —susurró Baby—. ¿Le privará de la felicidad de sus últimos días en China, Pei?

—No se preocupe más que por usted… —Frunció el ceño Ming Pei—. Venga, verá…

—¿Qué pretendes? —masculló Tsui Cheng—. Esta mujer es demasiado peligrosa para jugar con ella, Ming.

—Pues no lo olvides cuando la lleves hacia el submarino en la lancha —replicó rápidamente Ming Pei—. Y mientras yo paseo con ella, vosotros dos id a ver si llegan Ti Lai, Wai Min y Chi Pa: ya deben haber terminado el trabajo en Santoña.

—¿Qué trabajo? —Palideció Margarita.

Ming Pei la miró, movió la cabeza y la tomó de un brazo.

Vamos allá. Y espero que su curiosidad quede satisfecha.

Salieron de la casa, y Margarita se volvió para mirarla cuando se hubieron alejado unos pasos en dirección opuesta a Tsui Cheng y Ni Lian. Una pequeña casa cerca de la playa, eso era todo. A un lado, distinguió la forma de una pequeña barca de pesca. Un poco más atrás había una camioneta grande con todas las luces apagadas.

Y, en efecto, había grandes formaciones rocosas hacia la parte sur de la cala. Del mar llegaba una brisa más bien fría, y la arena en la que hundía sus pies también estaba fría, pero era fina, como una caricia…

—¿Ve algo interesante? —preguntó Pei.

—No.

—Pronto lo verá. Naturalmente, escogimos un lugar adecuado para esta operación: por aquí no suele venir nadie, y menos de noche. Hacia el norte hay playas mucho mejores y limpias. A esta cala, debido a las corrientes, suele llegar toda la basura de esta parte de la costa. De noche parece… romántica. Pero de día es repugnante. ¿Todavía no ve nada interesante?

—Todavía no. Hay luna nueva, la noche es oscura… No veo nada que llame mi atención.

Caminaron un poco más, llegaron a las rocas, y Ming Pei la tomó de un brazo para ayudarla a subir por ellas. Por un instante, la divina espía tuvo la tentación de matar a Ming Pei… Podía hacerlo sólo con los pies. Lo único que tenía que hacer era aplicarle al chino un talonazo en la sien, en el punto preciso, y sabía que lo mataría en el acto. Podía hacerlo. Pero… ¿no sería eso precipitar las cosas? Si lo mataba en aquel momento, no obtendría ninguna ventaja, porque seguramente había muchos hombres por allí, y ella seguía atada. Aunque con menos fuerza. De cuando en cuando tensaba los brazos hacia el exterior y, salvo que estuviese muy equivocada, las cuerdas iban cediendo, muy poco, muy lentamente, pero lo suficiente para llevar a su ánimo la esperanza…

Dejó de pensar, de pronto, al ver aquellas formas en el agua. Grandes manchas un poco más claras que el mar, sólo iluminado por la luz de las estrellas… Eran bastante grandes, rectangulares. Debían ser las balsas desmontables. Y en seguida vio otras formas, más pequeñas, brillantes moviéndose alrededor de ellas.

Cuando miró a Ming Pei captó en los ojos de éste el brillo de las

estrellas.

—Exactamente doce hombres —dijo el chino—. Vinieron en la camioneta, claro está. Son los destinados a esta operación en tierra firme, y durante muchos meses han estado colocando proyectiles atómicos en unas grutas… ¿Se lo ha contado Ah Chow?

—No —mintió Brigitte, en ayuda del anciano.

—Teníamos que lanzar esos proyectiles en determinadas circunstancias —murmuró Ming Pei—, pero usted lo ha estropeado todo.

—¿Qué objetivos tenían esos proyectiles? ¿Ciudades?

—Sí. Hay cuatro grandes proyectiles: cuatro ciudades… Las más importantes de San Santo.

—Eso quiere decir, contando la capital, que habrían disparado hacia unos objetivos donde hay… alrededor de un millón de personas en total.

—Sí.

Baby se estremeció y no de frío. Clavó la mirada en el mar, y a cada segundo que pasaba iba viendo con más claridad a los hombres-rana, remolcando grandes piezas cilindricas que iban acomodando en las dos balsas. Bien… Al menos, de algo había servido su intervención. ¿Sabría alguien alguna vez, aparte de los chinos, que un millón de habitantes de San Santo debían la vida a una muchacha norteamericana llamada Brigitte Montfort? ¿Realmente…?

El rumor de un motor llegó de pronto hasta ella. Miró hacia el norte, pero todavía tardó unos segundos en ver la blanca cola de espuma sobre las aguas.

—Ahí llega la lancha para llegar hasta el submarino —dijo Ming Pei—. Primero se irán usted, Tsui Cheng y Ni Lian. Luego, un tripulante del submarino vendrá con la lancha a recogernos a mí y a mis tres… hijas.

Se echó a reír, y empujó suavemente a Margarita hacia la playa.

Poco después, llegaron adonde se había detenido la lancha, varada en la arena. Junto a ella había un hombre que, tras cambiar unas palabras con Ming Pei, se dirigió hacia la camioneta…

Ming Pei deslizó ambas manos por el cuerpo de Baby.

—Me parece que tiene usted frío. Será mejor que volvamos a la casa.

—Es usted muy considerado.

—Quizá tenga razón... —Se quedó él mirándola dubitativo—. Quizá estoy siendo incluso un poco estúpido teniendo a mi disposición una mujer tan hermosa...

La empujó, de pronto, trabándole un pie, y Margarita, desprevenida, cayó sobre la arena, de espaldas. Inmediatamente, Ming Pei saltó sobre ella y le puso las manos en los hombros, apretando con fuerza.

—De vez en cuando... —jadeó— me gusta embrutecerme con una mujer blanca...

Sucedió lo que menos esperaba: Margarita alzó la cabeza fuertemente y golpeó con su frente en la de Ming Pei, que lanzó un grito y dejó de presionar los hombros femeninos. En el acto, no supo cómo, se encontró volando de lado, para caer poco menos que hundiendo la cara en la arena. Por instinto, Ming Pei comprendió que no podía entretenerse en pequeñeces. Giró en seguida, y así, el puntapié que le habría alcanzado de lleno en la sien, matándolo en el acto, pasó rozando su nuca. Comenzó a ponerse en pie, y la pantera de piel dorada fue tras él, lanzando otro *atemi* con el pie.

Esta vez, Ming Pei no había sido lo bastante rápido: el golpe le alcanzó de lleno en la boca y la nariz, con una potencia escalofriante, tirándolo de espaldas, echando un chorro de sangre.

Y la pantera no iba a tener piedad alguna, desde luego.

Otro puntapié hubiese alcanzado a Pei si éste, sobreponiéndose a todo dolor, no hubiera girado de nuevo, para ponerse rápidamente de rodillas. Y tras él, la pantera..., que se detuvo en seco al ver aparecer la pistola en la mano del chino.

—Te voy a matar... —jadeó Pei—. ¡Te voy a matar, puerca maldita...!

Justo en aquel instante, se oyó el sonido de un claxon.

Pero ninguno de los dos miró hacia el camino. En la oscuridad, sólo disipada levemente por la luz estelar, ambos se quedaron mirando fijamente. Ming Pei, vacilando entre matarla o no. Baby, lista para saltar en cuanto viese en el reflejo de aquellos ojos la decisión de hacerlo...

¡Moc-moc!, sonó de nuevo el claxon.

Un par de destellos de las luces del coche pasaron brevísimamente por encima de ellos. Se oía ya el motor del coche.

Lentamente, Ming Pei se puso en pie, y se guardó la pistola. Cuando habló, su tono era tan natural, tan suave, que la piel de Brigitte Montfort vibró en un frío repeluzno.

—Será mejor que vayamos hacia la casa, señorita Lucientes; mis hijas ya han llegado.

Margarita no se hizo repetir la orden. Si Ming Pei se tomaba las cosas así, mejor. No sería ella quien se hiciese matar estúpidamente…, sobre todo cuando estaba notando que las cuerdas que la sujetaban iban cediendo ya de un modo indudable.

Cuando llegaron ante la casa, un coche estaba estacionado junto a la camioneta, y Ni Lian, Tsui Cheng y las «hijas» de Pei, que les habían visto acercarse, les esperaban delante de la puerta.

Ming Pei preguntó algo, recibió respuesta de Wai Min, y asintió con la cabeza. Al acercarse más, la luz dio de lleno en su rostro, y, en el acto, todas las miradas fueron hacia Margarita. Ni Lian preguntó, y Ming Pei hizo un gesto brusco con la mano, y entró en la casa.

Detrás de él, tras ligera vacilación, entraron Cheng y Ni Lian. Wai Min señaló hacia dentro, y Margarita se dirigió hacia la puerta… Recibió en los riñones tal golpe que cayó de rodillas, desencajado el rostro, desorbitados los ojos… Y en seguida, recibió otro golpe, debajo de la oreja derecha y hacia la nuca, que la tiró de bruces, desvanecida.

Al parecer, las «hijas» de Ming Pei se sentían disgustadas por lo sucedido a su «padre».

La despertó el rumor de unas voces. Abrió los ojos, y vio miles de estrellas en el negro cielo. Volvió la cabeza y vio al viejo Ah Chow, acuclillado junto a ella.

—Todavía está viva… —musitó el anciano—. Tiene que ser usted muy fuerte, Baby.

Ella movió la cabeza para mirar detrás de Ah Chow, y vio a las tres personas que estaban hablando de pie. Eran Ni Lian, Tsui Cheng y otro chino.

—¿Dónde está Ming Pei? —musitó.

—Ha regresado a Santoña, a recoger algunas cosas. Luego él, sus tres concubinas y yo nos iremos con la lancha… No va a quedar en San Santo prácticamente ninguno de los que hemos intervenido en esto. Los hombres que han cargado los proyectiles se van a ir en

seguida con la camioneta hacia la ciudad, y desde allí, irán abandonando el país, por medios diferentes y espaciados. Usted, Ni Lian y Tsui Cheng van a partir ahora mismo hacia el submarino.

—¿Y las balsas con los proyectiles?

—Están ya lejos, en el mar, con dos hombres en cada una. Ésos se quedarán en el submarino.

—¿Y por qué no se van todos en el submarino?

—Porque los demás seguirán trabajando en el continente sudamericano. Hablan muy bien el español, están muy bien entrenados.

—Entiendo. Señor Chow, todavía está usted a tiempo…

—¿De qué?

—De salir con bien de esta situación. Creo que conozco ya a Ming Pei. Él le buscará molestias a usted en China.

—Sí… Me temo que así lo hará.

—Ayúdeme… Ayúdeme a escapar, y lo llevaré a Estados Unidos conmigo. Allí, hasta el fin de su vida, tendrá mucho más que un plato de arroz… Le aseguro…

—No siga… —cortó el anciano, con voz tensa—. La creo a usted, pero… no puedo hacerlo. ¡No puedo!

—Sí puede. Sólo tiene que soltar mis manos. Ah Chow, sólo eso… Suelte mis manos, y su vida tendrá un lento y plácido final en el lugar que usted elija de Estados Unidos.

—Creí… que usted nunca suplicaba…

—No estoy suplicando; le estoy proponiendo un trato que nos beneficiará a ambos.

—No… ¡Y no hable más de esto! ¡No puedo hacerlo! Quizá lo habría hecho si además de salvar su vida, hubiese evitado el lanzamiento de esos proyectiles. Pero los proyectiles están ya lejos, no serán disparados… ¡No puedo traicionar a China por la vida de usted!

—¿Y la suya propia?

—¿Mi vida? —Ah Chow sonrió, de pronto—. Bueno, si no he perdido la cuenta tengo noventa y dos años… ¿Qué encontraría yo, a esta edad, en Estados Unidos? No… Se lo agradezco, de veras, pero no puedo hacerlo… Han sido muchos años de vivir lejos de China… No. Ahora, voy a volver, a por mi plato de arroz… Y si no me lo dan… lloraré por todos ellos. Lo siento.

—Espero que le den su plato de arroz —murmuró Brigitte Montfort.

Quedaron silenciosos, mirándose. Por fin, el viejo Ah Chow bajó la mirada…, y con ello, se perdió la temblorosa pero comprensiva sonrisa de la espía más hermosa del mundo.

—Ah Chow —llamó Tsui Cheng.

El viejo se puso en pie y se reunió con sus amigos. Todavía charlaron un par de minutos más. Luego, el chino desconocido se alejó, y al poco se oyó el motor de la camioneta, que se fue perdiendo en la distancia… Finalmente, todo quedó en silencio. Excepto el rumor del mar, suave, monótono, sedante.

—Póngase en pie. Nos vamos.

Margarita se puso en pie y miró a Ah Chow, que bajó la cabeza, dio media vuelta, y entró en la casa…, mientras Tsui Cheng empujaba rudamente a la espía norteamericana.

—Hacia la playa; nos vamos en la lancha.

Comenzó a caminar, procurando no mover las manos, porque ellos podían, quizá, darse cuenta de que tenían una cierta libertad. Se concentró con todas sus fuerzas en no mover las manos mientras Ni Lian y Tsui Cheng caminasen tras ella… Sus pies se hundieron en el agua, sólo hasta los tobillos. Una agua espumosa, que, sorprendentemente, estaba un poco tibia. Seguramente, conservaba el calor de todo un día de sol…

Subió a la lancha, y Tsui Cheng lo hizo tras ella, empujándola hasta sentarse en la pequeña cubierta de popa. Luego, sacó una pistola, que entregó a Ni Lian, murmurando algo. La china se sentó en el banquillo lateral, mirando fijamente a Baby. Tsui Cheng puso en marcha la lancha, que partió como saltando, con poderoso zumbido. Pero en seguida aminoró la velocidad, manteniendo el motor a menos revoluciones…

Baby cerró los ojos para evitar que Ni Lian pudiera ver en ellos la expresión de la esperanza, casi del triunfo…, mientras movía las manos lentamente, con gran cuidado, soltando sus ligaduras, que estaban cediendo ya definitivamente. En menos de dos minutos, supo que podría mover sus manos con toda libertad. Sólo entonces abrió los ojos, y miró a Ni Lian, que seguía observándola con gran fijeza.

—Tengo frío… —dijo la divina espía—. ¿No podría taparme con

algo? Una manta o un saco…

—Llegaremos pronto al submarino —dijo Ni Lian.

Tsui Cheng volvió la cabeza, miró a ambas y luego se dedicó de nuevo a los mandos.

—Por favor… —pidió Brigitte—. ¡Voy a morirme de frío, a esta velocidad el viento me está atravesando!

—Cállese. Ya le he dicho que llegaremos pronto.

—Puerca… —Insultó Baby—. ¡Puerca y asquerosa china! ¡Sois la raza más repugnante que…!

No tuvo por qué seguir mintiendo insultos que no sentía hacia la raza china. Su objetivo se cumplió: Ni Lian lanzó una exclamación de furia, y se acercó a ella, alzando la pistola sobre su cabeza.

En realidad, se dio cuenta, vio la mano de Baby subiendo hacia ella… Pero fue sólo algo fugaz, tan veloz, que Ni Lian no pudo hacer nada por evitarlo: el tremendo *shuto* la alcanzó de lleno en la garganta, de abajo a arriba, como un lanzazo; los dedos índice, corazón y anular de la mano de Brigitte Montfort, juntos, rígidos y duros como una pieza de acero, se le clavaron por debajo de la barbilla, matándola en el acto, y tirándola de espaldas hacia Tsui Cheng, que había vuelto la cabeza al oír los insultos, y comenzando a sonreír al observar la furiosa reacción de Ni Lian, que, esperaba, iba a tener dolorosas consecuencias para Margarita Lucientes.

Lo sucedido, en menos de medio segundo, lo dejó tan paralizado de asombro que ni siquiera pudo evitar que Ni Lian chocase contra él y rebotase, cayendo de bruces sobre la cubierta.

Y para cuando Tsui Cheng quiso reaccionar, también era demasiado tarde. La pantera saltó en su dirección, alzó la mano derecha, y descargó un fortísimo hachazo hacia la cabeza de Cheng, que lo único que pudo hacer fue alzar su brazo derecho para protegerse.

Lo consiguió ciertamente…, pero el hueso de la muñeca crujió, y la mano pareció quedar colgando como si no perteneciese a aquel brazo. El alarido de Tsui Cheng fue tan fuerte que bien pudo llegar a los más alejados confines del mar…, si no hubiese sido cortado rápidamente por el siguiente golpe, ahora de, revés, también con el canto de la mano, sobre su oreja derecha… Cheng saltó violentamente hacia la izquierda, chocó contra la borda, se volvió, para mirar a Margarita Lucientes con los ojos casi fuera de las

órbitas… y recibió el *ura tsuki* en la frente.

Cuando pasó por encima de la borda, hacia el mar, ya estaba muerto.

Capítulo VIII

Ah Chow se quedó mirando la vieja maleta abierta durante unos segundos. Luego, la cerró, salió del dormitorio, y pasó al recibidor-comedor-cocina de la pequeña casa que había estado ocupando durante treinta años.

Dejó la maleta sobre una silla, y miró a su alrededor, con expresión apagada. Pero, de pronto, sus ojos brillaron, y sonrió. Al fin y al cabo, volvía a China. Por fin, volvía a China. Y podría…

—No se mueva, Ah Chow.

La voz femenina llegó por detrás. Y Chow no se movió. Se quedó como si fuese de piedra, delante de la silla en la cual había dejado su vieja maleta, en la que sólo llevaba pequeñas cosas de muy personales recuerdos… Ni siquiera se movió cuando la hermosa mano femenina apareció por debajo de su axila izquierda, y palpó allí, y el pecho, estrujando la vieja chaqueta blanca que Ah Chow se ponía solamente en las grandes ocasiones. Siempre iba en mangas de camisa, o con algún viejo jersey, y con sandalias. Si la ocasión le parecía digna de ello, simplemente, se ponía la chaqueta, y eso era todo.

La mano recorrió su cuerpo ahora por la cintura…

—No llevo armas —musitó Ah Chow.

—Eso parece. Vuélvase.

Ah Chow se volvió. Lo primero que captó su cansada mirada fue el vestido que había llevado Ni Lian. Pero ahora no lo llevaba Ni Lian, ciertamente… Se quedó mirando los grandiosos ojos azules, la gran mata de negros cabellos alborotados…, y la boca y la nariz, hinchada la primera, machacada la segunda, pero ya sin señales de sangre seca. A lo que menos importancia concedió Ah Chow fue a la pistola que empuñaba la agente Baby.

—Ha conseguido escapar —dijo admirativamente—. ¿Cómo ha podido lograrlo?

—Ah Chow, no quiero lastimarlo, de verdad. Pero lo haré si me obliga a ello. Usted me entiende.

—Sí… Sí, la entiendo.

—Entonces, sin discusiones, sin ponernos desagradables, lléveme donde está la radio… ¿O la ha destruido ya?

—No. Tenía que esperar a que viniese Ming Pei, que haría la última llamada al submarino, para saber si todo iba bien, y avisar de que debían enviar la lancha a recogernos.

—En el submarino todo debe ir bien: recogerán los proyectiles, se los llevarán lejos de aquí, y eso es agradable para nosotros, ¿verdad, Ah Chow? Pero temo que no todas las personas que querían marchar podrán hacerlo. Vamos a la radio.

—¿Me va a impedir regresar a China?

—Yo, no. Pero, a poco que piense, comprenderá usted mismo que ya no puede volver allá. Si llega solo al submarino, será acusado de abandonar a sus compañeros. Y si dice que no los ha abandonado como parece, sino que yo le he obligado a ir al submarino, no le creerán; lo que sí creerían es que, sea como fuere, usted ha cometido traición, en un sentido u otro.

—Entonces… ¿no puedo volver?

—Me temo que no.

—¿Va a matarme?

—No diga tonterías… —sonrió Baby—. Lléveme donde está la radio, y luego solucionaremos su futuro.

Ah Chow bajó la cabeza, y pareció incapaz de moverse. La divina espía no se impacientó. Simplemente, miraba al viejo chino derrotado en su última esperanza: volver a China. Por fin, Ah Chow asintió con un gesto y comenzó a caminar, más cansado que nunca… Pasaron a la cocina, y allí, dentro de un armario que lógicamente debía contener utensilios para cocinar, Baby vio la radio cuando el anciano abrió las dos puertecillas de vieja y sucia madera.

—Colóquese ahí, donde yo pueda verlo en todo momento, y no se mueva pase lo que pase —murmuró Baby—. Ah Chow, por favor, sea sensato.

—No se preocupe; no pienso hacerme matar.

—Estupendo.

La espía se pasó la pistola a la mano izquierda, y con la derecha

comenzó a mover el dial de sintonización de onda…, hasta que, de pronto, de la radio brotó la voz de hombre, tensa y esperanzada:

—¿Sí?

—Buenas noches, Simón.

—Dios mío… ¿Dónde está usted?

—Pues… Oh, un momento… —Se dirigió a Chow—. ¿Dónde estamos?

—En Cala Mareas.

—Simón, estoy en una casita pequeña y solitaria en Cala Mareas. ¿La conoce?

—Sí. ¡La hemos estado llamando para…!

—Le dije que no se preocupase, ¿verdad? Pero todo eso ya no importa ahora. Escuche atentamente, Simón; conseguí el contenido del portafolios, desde luego, pero después me vi en tales apuros que tuve que deshacerme de él…

—¡Si estaba en apuros debió…!

—No. Lo pensé, pero habría sido una auténtica batalla en el Barrio Viejo. Oh, todo eso ya no importa ahora, Simón. Lo que importa es que usted escuche bien esto, lo entienda, y pase el informe *inmediatamente* a quien pueda cursarlo a la Central: Emilio Palermo no debe ser elegido.

—Querrá usted decir que sí debe ser…

—He dicho que Emilio Palermo *NO* debe ser elegido. Así que toda nuestra presión debe ser encaminada en ese sentido. Dentro de poco, espero estar de vuelta en Washington, y yo explicaré por qué hay que orientar las elecciones hacia Apolinar Robledo. Pero si por cualquier causa, yo tuviese todavía algún tropiezo que me impida salir de Cala Mareas, envíe a alguien o vaya usted personalmente a la pensión El portalón. A esa pensión llegará mañana mismo una carta dirigida a una tal Brigitte Montfort, que es uno de los nombres que suelo utilizar en mis viajes. Si algo me ha ocurrido a mí, recoja esa carta y llévela con las máximas precauciones a nuestro jefe de Grupo, y en cuanto la lea, él comprenderá por qué Emilio Palermo *NO* debe ser elegido, y sí en su lugar Apolinar Robledo, el otro único candidato. ¿Lo ha entendido, Simón?

—Sí, sí.

—De acuerdo. Ahora, en cuanto cortemos este contacto, pase esta información con la indicación de máxima urgencia: Emilio

Palermo NO debe ser elegido. NO. Pase lo que pase, crean lo que crean todos. Y ahora, otra cosa: respecto a Eulalio Urrea: es un traidor, así que…

—Lo han matado.

Baby se irguió bruscamente.

—¿Han matado a Urrea? ¿Quién, cuándo…?

—Esta misma noche. Y lo hemos sabido gracias al micrófono que usted dejó en su casa. Uno de los nuestros estaba continuamente a la escucha, tal como usted ordenó. Los Urrea conversaban normalmente, se retiraron a descansar… Luego, un buen rato de silencio, lógicamente. Nuestro compañero estuvo tentado de descansar él también, pero, por suerte, recordó que estaba trabajando directamente para usted… Bien, el caso es que de pronto, sonó un timbre… Alguien llamaba a la puerta. Al poco oímos otro timbrazo. Luego, la voz de Urrea gritando que ya estaba bien, que iba a abrir… En seguida su voz, muy sorprendida, incluso alarmada… Se le oye claramente preguntar: «¿Vosotras aquí? ¿Qué queréis? Esto es una…». Luego, se oyen disparos con silenciador. Se oyen perfectamente, tengo la grabación a su disposición. Luego, nada más.

—Creo saber quiénes lo han matado: las *hijas* de Ming Pei, Simón. Evidentemente, Eulalio Urrea me traicionó, los avisó de que yo podía ser una chica rubia. Bueno, lo siento por su mujer y su hijo, pero bien muerto está. No se debe jugar nunca doble, en espionaje. Como ya no lo necesitaban y quizá sabía demasiado, fueron las tres chinitas a matarlo. Aunque quizá sólo lo hirieron, o…

—No, no. Está muerto. Ya le digo que la estuve llamando para decírselo. Como no contestaba, decidí ir allá, por mi cuenta, y encontré…

—¿Por su cuenta? ¡Le dije que no hiciesen nada!

—Bueno, no hemos hecho nada en cuanto a complicarnos la vida, ni preocuparnos demasiado por el silencio de usted, pero lo de Urrea me pareció que era conveniente… No sé… Bien, el caso es que fui, y los vi. Están muertos, desde luego.

—¿*Están* muertos? ¿A quién más han matado?

—Pues… Bien…

Brigitte Montfort quedó pálida como un cadáver.

—No… —jadeó—. Dios mío, no… ¡No!

—Lo siento… Nosotros no podíamos saber… Quiero decir que nos pilló de sorpresa, no podíamos…

—Simón, ¿han… han matado también… a la mujer de Urrea?

—Sí… Sí.

—¿Y… y Lalito…?

—Sí. También. A los tres.

La voz de Simón era seca, ronca, pero muy clara, muy fácil de oír y de entender. Sin embargo, Brigitte tuvo la impresión de que la oía muy lejana, como algo irreal. Irreal como su vida misma, como su cuerpo, como su cabeza, que pareció encontrarse de pronto en una zona fría y oscura donde todo giraba, giraba, giraba… Las piernas de la espía comenzaron a temblar. Y las manos, la barbilla… Toda ella estaba temblando tan violentamente que se oía el chasquido de sus dientes unos contra otros al vibrar la mandíbula inferior como si estuviese recibiendo sacudidas eléctricas…

—Baby… ¡Baby!

La espía quiso hablar, pero de su boca sólo brotó un gemido ahogado. Se sentía tan agarrotada, tan helada, como si llevase miles de años encerrada en una cámara frigorífica.

—¡Baby…!

—E… e… estoy… bien, Si… Simón…

—¿Qué le ocurre? Parece…

—No…, no se preocupe… Ya… ya pasará…, supongo…

—Lo siento. Siento haber tenido que decírselo, pero…

—No se preocupe… Podré sobreponerme, se lo aseguro… Nos veremos luego. Ah, Simón, llevaré conmigo a un viejo chino, llamado Ah Chow. Es… es un pobre diablo que quiero enviar a casa… A la nuestra, quiero decir, a Estados Unidos, o los suyos lo matarían, seguramente. Ya le explicaré… Se lo digo para que si lo ven conmigo no se alarmen y lo maten.

—Lo tendremos en cuenta.

—Gracias… Volveré a llamarle… Ahora, envíen ese mensaje respecto a la no elección de Palermo. Hasta luego.

Cortó la comunicación, y se quedó mirando a Ah Chow, cuyo arrugado rostro estaba impasible. Se pasó una mano por la frente, y la encontró helada y perlada en sudor a la vez. Con la pistola señaló fuera de la cocina, y Ah Chow emprendió la marcha hacia la pieza

grande, el recibidor-comedor-cocina. Baby llegó tras él, y se dejó caer en una silla, quedando inmóvil, con la mirada perdida. Chow miraba aquellos hermosísimos ojos, tan abiertos…, y parpadeó como sorprendido al ver aparecer las lágrimas en ellos. Grandes lágrimas brillantes, que se deslizaron por las lívidas mejillas de la mejor espía del mundo…

Durante un tiempo que pareció una eternidad, los dos permanecieron así, inmóviles, en silencio. Las lágrimas dejaron de brotar de los ojos color cielo, pero la palidez persistió, y en el surco de las mejillas todavía se veía el brillo de…

¡Moc-moc!

Baby alzó vivamente la cabeza y Ah Chow tuvo el escalofriante privilegio de presenciar el cambio en aquellas dulces facciones humedecidas por las lágrimas. La angustia, la pena, el dolor, desaparecieron bruscamente, y los ojos parecieron congelarse. Se volvieron hacia él, de pronto, con un movimiento vivo, alerta…, como un impacto.

Se puso en pie, fue hacia él, pareció vacilar, y por fin puso la mano sobre el hombro del anciano, hacia el cuello. Los finos dedos apretaron, y Ah Chow puso los ojos en blanco, y se desplomó en brazos de Baby, que lo dejó con cuidado en el suelo.

¡Moc-moc!, sonó otra vez la señal.

Brigitte Montfort se colocó a un lado de la puerta, y esperó. Oyó la llegada del coche. Luego, el silencio… Al poco, los pasos sobre el arenoso suelo, acercándose.

Y en seguida Ming Pei apareció en la casa.

—Ah Chow, ¿no has oído…?

Aspiró fuertemente el aire, su rostro se aclaró, sus ojos se abrieron mucho al ver ante él a la agente Baby, con la pistola en la mano, el brazo extendido. Y por encima de la pistola, los dos ojos, como pedazos de hielo azul.

Plop.

Ming Pei recibió la bala entre las dos cejas, y saltó hacia atrás, muerto en el acto, cayendo en brazos de la sobresaltada Chi Pa, que era la que le seguía más cerca. Tras el choque, el cadáver de Ming Pei cayó al suelo, y Chi Pa se quedó como paralizada mirando aquella pistola que apuntaba a su cabeza. Detrás de ella, casi echándosele encima al detenerse tan bruscamente, llegaron Wai

Min y Ti Lai, que se quedaron tan inmóviles como su compañera de asesinatos. Las tres ejecutoras parecían estatuas, mirando aquella pistola que las apuntaba…

—Salid… —dijo Baby—. Hacia la playa. Salid.

Las tres chinitas obedecieron, siempre en silencio. Se dirigieron hacia la playa, caminando tan suavemente que podían oír a la espía americana tras ellas. Estaban ya muy cerca del agua cuando volvieron a oír su voz:

—Aquí está bien. ¿Queréis enseñarme un poco de Kempo? La otra vez no pude comprender bien la lección.

Las tres asesinas se volvieron y miraron incrédulamente las manos vacías de la espía americana. ¿Dónde estaba la pistola…?

—Estoy esperando.

Las esperaba. Cara al mar, erguida, sin guardia alguna, sin aspavientos ni bellos movimientos de lucha oriental. Las miraba y las esperaba. Eso era todo.

Ti Lai se dijo que jamás en su vida había estado tan cerca de la muerte, y que jamás nadie le volvería a conceder una oportunidad como aquélla de escapar de ella. ¿La americana esperaba que jugasen limpio…? Estaba loca.

Se dejó caer de rodillas y alzó las manos.

—Espera… —dijo—. Espera a escucharnos antes de…

Apoyó las manos en el suelo, alzó el puñado de arena y se dispuso a lanzarla a los ojos de Baby… Cuando se erguía para hacerlo, vio algo fugaz, algo brillante, como cobre… El pie derecho de Baby la golpeó en el centro de la frente, el hueso se partió, y Tai Lai cayó hacia atrás, muerta fulminantemente.

Se oyó el grito de las otras dos chinas, que reaccionaron a la vez, comprendiendo que era lo único que podían hacer, que aquella mujer quería matarlas. Se lanzaron contra ella blandiendo los puños, duros como piedras, fortísimos, capaz de partir un ladrillo de un solo golpe, entrenados a conciencia… Dispuestas a golpear a muerte, adoptaron la postura de quien pretende acorralar a la supuesta víctima, pero, efectivamente, la espía americana debía estar loca, porque, en vez de ponerse en guardia y afrontarlas adecuadamente, dio un paso hacia ellas, se introdujo entre los brazos de Chi Pa tras desviar el golpe lanzado con el derecho, y, colocándose de lado, sacudió el antebrazo derecho, como si fuese

un látigo, con el dorso hacia la cara de la china.

El escalofriante *ura ken* alcanzó a Chi Pa en el ojo derecho, y lo reventó, como si hubiese sido un grano de uva; el nudillo del dedo corazón se incrustó brevísimamente allí, como si rebotase, como si el golpe no tuviese importancia. Pero el *ura ken*, uno de los más crueles *atemis* del judo, fue efectivo; el ojo reventó, Chi Pa lanzó un alarido, y cayó de rodillas, aullando, con las manos ante el reventado globo ocular…

Mientras Brigitte Montfort, con la frialdad de una máquina, desviaba ahora el golpe de Wai Min, le asía el brazo con las dos manos y saltaba en el aire, girando ya con fuerte impulso hacia su izquierda… Su pierna derecha pasó bajo la axila derecha de Wai Min, y se apoyó en los senos, mientras la izquierda pasaba por encima del hombro y se incrustaba en la garganta de la china. Simultáneamente, Baby giraba a la izquierda, con lo que llevó sobre la arena a la china, con duro golpe, y siempre sin soltar su brazo. Y aún estaban prácticamente en el aire las dos cuando Baby tiraba de aquel brazo hacia sí, girándolo de modo que el codo quedó apoyado en su vientre, que se curvó hacia afuera, mientras sus manos tiraban hacia abajo de la de Wai Min.

El crujido del codo al romperse fue espeluznante, y Wai Min lanzó un grito que sofocó los de Chi Pa, todavía arrodillada y lamentándose agudamente en chino. Baby soltó el brazo, giró hacia atrás, quedó de rodillas cerca de Wai Min, que yacía boca arriba, y se desplazó hacia ella… El *atemi* fue directo a la sien, y los gritos de Wai Min cesaron en el acto.

Luego, la espía fue hacia Chi Pa, se colocó a su lado y disparó el pie derecho, hacia la nuca de la china, en un golpe lateral, girando para darle más potencia.

También Chi Pa enmudeció, cayendo de bruces sobre la arena.

Durante unos segundos, Brigitte Montfort, alias Baby, permaneció allí, inmóvil, mirando el mar, que proseguía imperturbable su monótono canto acuático, ola tras ola…

Luego, tranquilamente, como si nada hubiese sucedido, como si nada hubiese hecho, la espía más peligrosa del mundo regresó a la casa de Ah Chow, pensando que quizá debía haber arrojado al mar el cadáver de Ni Lian, en lugar de dejarlo en la lancha, con la que había regresado efectuando el último recorrido con el motor

apagado, utilizando los remos de emergencia, a fin de no hacer ruido y no alarmar al viejo chino… Pero ¿qué más daba? Si habían de encontrar los cadáveres de Ming Pei y las tres asesinas, ¿qué importancia podía tener que también encontrasen el de Ni Lian en la lancha?

Capítulo IX

Pasó por encima del cadáver de Ming Pei, y se acercó al viejo Ah Chow, que continuaba sin sentido. Se quedó mirándolo, impresionada… Era como un pequeño muñequito viejo, desdeñado, olvidado. Cuando estaba despierto, y hablaba, y miraba, parecía todavía una persona con posibilidades de vida, con lógicos deseos de vida. Pero, allí tendido, sin conocimiento, era el ser más indefenso del mundo.

Se arrodilló junto a él, y le pasó una mano por la frente.

—Ah Chow… —llamó dulcemente—. ¡Ah Chow!

Le dio un ligero masaje en las sienes, y a los pocos segundos el anciano abrió los ojos. Se quedó mirando al techo, sin expresión, y de pronto respingó, y quiso incorporarse. Margarita Lucientes le puso una mano en el hombro, reteniéndolo.

—Tranquilícese —sonrió—; todo va bien, Ah Chow. Cuando se haya recuperado completamente, nos iremos de aquí.

—Creo…, creo que estoy bien…

—Lo siento, pero no quería que usted se considerase obligado a intervenir de alguna manera. ¿Le duele el cuello?

—No… No lo sé… Me parece que no…

—Le ayudaré a ponerse en pie.

Así lo hizo, y Ah Chow quedó sobre sus delgadas y frágiles piernas, mirando el cadáver de Ming Pei. Luego, el viejo chino miró a Baby.

—¿Y las hijas de Pei?

—Las he matado.

—¿Las ha… asesinado?

—Las he matado, ofreciéndoles muchas más oportunidades de sobrevivir de las que ellas me habrían ofrecido. Por lo visto, no eran tan expertas en Kempo como creían. O quizá —Baby se miró las manos— yo soy más peligrosa aún de lo que yo misma creo.

—¿Las ha matado… con las manos?

—Y con los pies. Sólo con eso, Ah Chow… No merecían nada mejor.

—¿Lo ha hecho porque mataron a los Urrea?

—Sí. ¿Está listo para partir?

—Ya tenía preparada mi maleta cuando usted llegó —señaló Chow su vieja maleta.

—Entonces, voy a llamar por la radio, para que mis compañeros nos salgan al encuentro y se hagan cargo de usted… Y no tema nada: usted va a instalarse en Estados Unidos con un… visado muy especial: el visado Baby.

Ah Chow asintió, y se dejó caer cansadamente en una silla. Brigitte Lo contempló un instante, con la cabeza caída, las delgadas manos colgando, como manojos de huesos… Movió la cabeza y fue a la cocina. En pocos segundos estuvo en contacto con Simón.

—Salgo desde Cala Mareas hacia Santoña, Simón. Quiero que me salgan al encuentro para hacerse cargo del viejo chino del que le hablé.

—Está bien. ¿Puedo saber…?

—Ya se lo explicaré todo. ¿Envió el informe que le di antes?

—Desde luego. ¿Por qué carretera va a venir?

—Por la más directa. Ah Chow me irá indicando el camino. Hasta ahora.

—Hasta ahora, Baby.

Está cortó la comunicación, se volvió para salir de la cocina…, y quedó inmóvil, mirando la enorme pistola que el viejo Ah Chow sostenía con mano extraordinariamente firme, apuntándole al centro del pecho.

—¿Ha terminado? —sonrió Ah Chow.

En los labios de Brigitte Montfort hubo una crispación.

—Sí —musitó.

—Entonces, yo también debo terminar… La función ha llegado a su fin, Baby.

—¿Qué función?

—La de todos nosotros. Especialmente, la que yo he dirigido en todo momento… casi en todos sus detalles.

—¿Va a matarme?

—Naturalmente.

—Pues acabemos de una vez.

—Oh, no… —protestó Ah Chow, como irritado—. ¡Nada de eso, no así, tan sencillamente, Baby! Acaba usted de tomar parte en una representación de teatro chino de las más elaboradas… ¿No quiere conocer el argumento?

—Me da lo mismo.

—Pero a mí, no… No, a mí me viene de gusto explicárselo todo. ¿Alguna vez ha asistido a una función de teatro chino?

—Sí.

—¿Le ha gustado?

—Sí.

—Es todo tan sutil, tan delicado… Es como… una obra de arte que debe manejarse con exquisito cuidado. Todo parece tan sencillo: el diálogo, el argumento, los movimientos de los personajes, sus salidas y entradas en escena… Parece fácil, sencillo, natural… Y sin embargo, es fruto de larga meditación, de estudio de las frases y de los movimientos de los actores, de la distancia que deben recorrer en el escenario y cómo deben hacerlo… Yo estaba aquí, en San Santo, desde hace muchos años, y jamás había sido nadie, jamás había sido nada. Ni siquiera para los míos. Y de pronto, un día, hace cuatro años, tuve la idea, mientras añoraba el teatro chino, su encanto, su ritmo que es casi melodía… ¡No se mueva!

—Sólo quería…

—¡No se mueva! —La pistola pareció aún más grande, más ominosa en la huesuda mano que parecía de cuero—. Lo único que tiene que hacer es estar quieta, y escucharme. Cuanto más dure mi explicación, más vivirá usted. Cuando la explicación termine, su vida también terminará.

—Entonces, espero que sea una corta explicación, Ah Chow: estoy tan cansada…

—Pronto descansará… para siempre. Pero antes, quiero que escuche la función con argumento mío… Se podría titular «Un plato de arroz en China», por ejemplo. Eso era todo lo que me esperaba a mí, si no hubiese ideado el argumento de esta función. ¿Quiere saber quién es el hombre que China quiere que sea elegido presidente en San Santo?

—Emilio Palermo, ¿no?

—No… —rió el chino—. ¡No, no! El hombre que le interesa a China es, verdaderamente, Apolinar Robledo. Sus tendencias comunistas son ciertas, y mucho mayores de lo que él mismo dice. Hace años que aceptó mi oferta. Concretamente, dos semanas después de que el actual presidente a punto de retirarse, Luis Barea, ocupó la presidencia. Fui a ver a Apolinar Robledo, y le pregunté si, a cambio de ser elegido presidente, aceptaría ciertas condiciones chinas. Dijo que sí, y comenzamos a trabajar en seguida, haciendo todo lo posible por encauzar los votos hacia él. Pero, ya hace tiempo que comprendimos que jamás sería elegido, pues la CIA tenía ya su candidato, y suficiente poder para colocarlo en la presidencia. Y era inútil luchar contra esto. Así que decidimos utilizar a la CIA en nuestro favor. ¿Quiere saber cómo?

—¿Cómo? —preguntó Baby, con fría indiferencia.

—Preparando este asunto del enviado de Pekín con un portafolios en el que llevaba algo muy interesante relacionado con las elecciones. Y todos han hecho bien su papel…, especialmente usted.

—¿Sabía usted que yo intervendría? —se asombró Brigitte.

—Oh, no. Era… una esperanza, que también se ha cumplido. Ya ve: en los últimos años de mi vida, estoy consiguiendo triunfos que de joven no pude lograr.

—Todavía no veo que haya conseguido ningún triunfo.

—Pero está madurando. ¿Qué cree que harán en Washington cuando les llegue el contenido del portafolios de Tsui Cheng? Pues, inmediatamente, desviarán su presión electoral hacia Apolinar Robledo, en vista de que Emilio Palermo es un falso que quería engañarlos, siendo, en realidad, el auténtico títere de China. Por eso, la CIA moverá sus masas electorales de San Santo en favor de Apolinar Robledo. ¿O no?

—Después de recibir esos papeles y de lo que yo le he dicho a mi compañero, así lo harán, sin duda. Supongo que todo estaba preparado para conseguir esto: engañar a la CIA, desprestigiar secretamente a Emilio Palermo, y colocar en la presidencia a Apolinar Robledo.

—Exactamente. Y todos los actores que han intervenido en la función lo sabían: Ming Pei, Ni Lian, Tsui Cheng, las tres… hijas de Pei…

—¿También lo sabía Eulalio Urrea?

—No, no. Él, no. Él solamente cumplía órdenes de Ming Pei. Ustedes, los americanos, son tan engreídos que si un agente doble les dice que para quien trabajan lealmente es para ustedes, lo creen. ¿Cómo podría ser de otra manera? Pero en este caso, no ha sido así: Urrea trabajaba para nosotros, pero, cuando dejó de ser útil tuvimos que eliminarlo, porque la jugada era demasiado importante.

—Según todo eso, estaba previsto que yo me apoderase del contenido del portafolios de Tsui Cheng.

—En efecto. Usted, o quienquiera que hubiese enviado la CIA. La sorpresa grande comenzó cuando Urrea informó que habían enviado nada menos que a la agente Baby. Luego, volvió a sorprender a Ming Pei, a Tsui Cheng y a Ni Lian presentándose como una anciana, que, claro, era muy diferente a la joven rubia que había descrito Eulalio Urrea. Pero Ming Pei reaccionó a tiempo y se consiguió el objetivo: empujarla a usted hacia el Barrio Viejo, donde se podía esconder durante horas o días…, pero, mientras tanto, lógicamente, se las arreglaría para enviar el sobre a alguien que lo haría llegar a la Central de la CIA.

—Lo cual era lo que ustedes querían, precisamente.

—Claro. En cuanto usted le dijo a Ming Pei que había enviado el sobre, dejó de ser útil: la mentira, el cebo para la CIA ya estaba lanzado. Pero yo quería asegurarme más, así que ordené que la trajeran aquí, quise hablar con usted… Y me ha parecido sencillamente magnífico que llamase por la radio a sus compañeros para decirles personalmente que no voten a Palermo, y sí a Robledo, que es el candidato chino.

—Si yo no hubiese podido soltarme en la lancha, y regresar, jamás habría hecho esa llamada, Ah Chow.

—Oh, pero yo sabía que podría soltarse, y que no tendría dificultades en desembarazarse del estúpido de Tsui Cheng y esa pobre cretina de Ni Lian, y que volvería… Lo sabía con toda seguridad, porque… ¿quién cree usted que le aflojó un poco las ligaduras mientras permanecía sin sentido?

—¿Usted?

—Yo, claro está —sonrió Chow.

—Pero… eso era tanto como condenar a muerte a Tsui Cheng y a Ni Lian.

—En toda función importante y seria, hay muertos. Por otra parte, ¿qué importan ellos, a cambio de lo que China va a conseguir? Ming Pei estaba convencido de que usted iba rumbo a China, pero yo sabía que también él caería ante usted. Ya le digo que ha sido un argumento muy bien estudiado… Detalle por detalle, muerte por muerte, acto por acto.

—Si no entiendo mal, usted, con tal de que yo llamase a mis compañeros, para asegurarse de que, en efecto, esa falsa información iba a llegar a la CIA, no dudó en condenar a muerte a todos sus compañeros.

—Lo entiende usted perfectamente. Todo estaba calculado. Y cuando supe que era usted la enviada de la CIA, aún me satisfizo más el desarrollo de la función. ¿Cómo va a desconfiar la CIA de unos documentos escritos en chino, llegados de Pekín, conseguidos por Baby, ratificados por ella misma de viva voz por medio de la radio… y que, al final, le han costado la vida? Tendrán que creerlo, y arreglarán las cosas de modo que Apolinar Robledo salga elegido. Y entonces, habrá llegado la hora de China en Sudamérica, porque Apolinar Robledo aceptará *TODO* lo que China disponga en el futuro durante cuatro años. Así que, cuando yo regrese a China, yo, el viejo Ah Chow que jamás hizo nada importante, seré recibido como un gran emperador, y mis últimos días estarán colmados con mucho más que un plato de arroz.

—El título que usted ha puesto a la función es bonito, y parece que encaja…, pero a mí me gustaba más de la otra manera: el viejo espía que al final de sus días encuentra la sensibilidad, la bondad, y se alegra de que unos proyectiles atómicos no sean disparados, que tiene que pasar el resto de su vida añorando China… Era mejor así, ese argumento, Ah Chow. Por cierto: ¿pensaba disparar esos proyectiles si algo no hubiera…?

—¡Pero si eran de hojalata…! —rió Ah Chow—. ¡Jamás pensamos cometer semejante barbaridad! Era sólo una prueba de convicción para la CIA respecto a que China estaba dispuesta a todo, y que si retiraba los proyectiles era sólo porque esos documentos robados a Tsui Cheng habían llegado a Washington, y entonces, ante la acusación directa que habríamos sufrido, preferíamos retirarlos. Pero esos proyectiles que usted ha visto desmontados en las balsas eran de hojalata y en estos momentos,

están llenos de agua en el fondo del mar. ¡Se lo estoy diciendo, todo ha sido una función que…!

—¿Y cuál es, en definitiva, el objetivo final que China persigue con esto? —le interrumpió Brigitte.

—La invasión de San Santo primero, y de toda Sudamérica después.

—¿Está loco? ¡Ni estados Unidos ni Rusia permitirán a China invadir…!

—Espere, espere… Sigue la función, sigue el teatro chino. ¿Cree que pensamos invadir San Santo y luego toda Sudamérica utilizando el poder de las armas?

—¿No?

—¡Claro que no! La invasión será lenta, cautelosa… Los chinos, usted sabe, somos un pueblo dotado del inapreciable don de la paciencia. ¿Cuántos años tardaremos? No lo sé… Quizá veinte, o treinta, o cien… O doscientos. No importa. Finalmente, Sudamérica estará invadida. Con suavidad, con dulzura, sin un solo tiro, o un cañonazo, ni la más pequeña agresión… Esperaremos a que Apolinar Robledo sea elegido presidente y jure el cargo. Un par de meses más tarde, Apolinar Robledo admitirá emigrantes chinos. La primera partida de chinos será, escalonada en varias expediciones, de tres millones de seres. Mitad, hombres; mitad, mujeres. La segunda partida, dos años más tarde, de otros tres millones, también mitad hombres y mitad mujeres. Todos ellos jóvenes, prolíficos. Dentro de cuatro años, hemos calculado que en San Santo habrá unos diez millones de chinos, sumando las dos expediciones y sus descendientes. Entonces, enviaremos más parejas. Quizá, dos millones de parejas. Cuando se cumpla el cuarto año de mandato de Apolinar Robledo, en San Santo habrán alrededor de veinte millones de chinos, contando, naturalmente, a los niños… ¿Se imagina cuántos chinos pueden haber en San Santo dentro de diez años, o veinte, o treinta?

—Más o menos —murmuró Brigitte.

—Y entonces, la densidad de población, hará el resto… Los chinos de San Santo se irán desparramando por toda Sudamérica, y proliferando sin cesar. Pongamos un período de… cincuenta años. Para entonces, en Pekín tienen ya pensado el nuevo nombre del continente sudamericano, que, en definitiva, será… una

prolongación de China, que se apoderará de todos los altos puestos, de las riquezas de toda clase, de los gobiernos… Entonces, cuando todo culmine, se le pondrá el nuevo nombre al continente: Chinamérica. No sé si me he explicado bien…

—Sí… Muy bien, Ah Chow.

—Parece asustada —sonrió el viejo.

—Y admirada. Es el plan más ambicioso que he conocido jamás. Necesita mucha paciencia, pero eso les sobra a ustedes… Y también les sobra tierra, montañas… ¿Por qué no se quedan en China?

—De todos modos, llegaría muy pronto el momento en que no cabríamos en ella. Antes de que eso ocurra, ya hemos buscado la prolongación, nuestra Chinamérica. ¿Y sabe a quién se le ocurrió esta función?

—A usted.

—Sí… A mí solo. Y todo, por añorar las funciones del maravilloso teatro chino…

—Yo diría que se ha ganado usted su plato de arroz, francamente.

—Y, además de ese triunfo, llegaré a Pekín diciendo que Baby jamás nos volverá a molestar. No es justo —Ah Chow movió la cabeza, con expresión irritada—, ¡no es justo que yo coseche estos triunfos cuando ya no podré gozar de ellos plenamente…!

—Puede dedicarse a escribir obras para el teatro chino. Escribir es agradable, a veces. Y a usted parece que le gusta.

—Me ha dado una gran idea. Sí, todavía puedo ser útil en algún alto cargo, en Pekín, donde precisen a un hombre que sepa pensar, a un hombre que les habrá proporcionado Chinamérica, precisamente en el continente del futuro, el más rico…

—¿Me permite que le diga una cosa?

—No —Ah Chow movió la cabeza con gesto negativo, sonriente—. Me gusta hablar a mí, no escuchar las pequeñas tonterías de los demás. Vuélvase de espaldas.

—Prefiero que me dispare de frente, de veras.

—Pero yo sigo haciendo teatro chino, Baby. No quiero matarla de frente, porque eso podría… desconcertar a sus amigos. Se preguntarían cómo era posible que un viejo chino hubiese podido sorprender a una mujer como usted. En cambio, les parecerá muy lógico que, finalmente, el viejo chino la traicionase, clavándole un

cuchillo en la espalda. Todo está pensado, todo tiene que ser perfecto, la función no debe tener un solo fallo. Estamos haciendo teatro chino, no lo olvide… Vuélvase.

Brigitte Montfort miró el cuchillo que había aparecido en la maño de Ah Chow, procedente de su manga. Igual que la pistola, debía haberlo tenido escondido en alguna parte de la casa, esperando el momento exacto para utilizar ambas armas. La primera, para mantenerla a raya, mientras se daba el gusto de expilcarle una función de teatro chino. El segundo, para matarla de un modo convincente…

Y lo era en verdad. Cuando Simón la encontrase, pensaría exactamente lo que había dicho Ah Chow, el cual estaría ya en el submarino. Simón llevaría su cadáver a Santoña, de allí lo enviarían a Washington… y, ciertamente, la CIA desviaría su presión electoral en beneficio de Apolinar Robledo. Después de esto, comenzaría a gestarse el que, quizá, podría ser el mayor Estado del mundo: Chinamérica.

Muy despacio, la agente espía se volvió, dando la espalda a Ah Chow, que se acercó musitando:

—Por supuesto, si intenta algo dispararé también con la pistola.

Baby suspiró profundamente, y luego quedó inmóvil. Ya no oía nada, ni siquiera el sonido de los pies de Ah Chow deslizándose por el piso. Pero sabía que él estaba allí, acercándose a su espalda, así que se concentró en localizarlo. Cerró los Ojos, aguzó el oído… Su finísimo oído, que tantas veces le había servido para salvar la vida… Oyó la respiración de Ah Chow, que iba a realizar la última escena del último acto. La respiración se detuvo tras ella, a muy escasa distancia. Con la imaginación, Baby vio al chino alzando el brazo, para descargarle la puñalada en la nuca, seguramente. Tenía que ser un impacto fuerte, una cuchillada mortal, poderosa…

Justo en el momento en que dejó de oír la respiración de Ah Chow, Brigitte dobló las rodillas. Eso fue todo lo que hizo: dobló las rodillas.

Oyó la exclamación de Ah Chow, y lo vio aparecer por encima de sus hombros, llevado por el impulso de la puñalada que, en efecto, había dirigido a la nuca. Ah Chow disparó la pistola, pero la bala pasó rozando la espalda de Baby, y rebotó en el suelo, mientras el anciano, perdiendo completamente el equilibrio al chocar sus

rodillas con los hombros de Baby, pasaba por encima de ésta y caía de cabeza al suelo.

En realidad, ni siquiera llegó a dolerse de aquel golpe, porque aún estaba rebotando cuando Brigitte Montfort le golpeó con la punta de los dedos en la garganta. Y los dedos, tan finos, tan delicados de aspecto, penetraron en aquel seco cuello como si fuese de paja podrida, se hundieron hasta lo más profundo, rompiendo toda posibilidad de vida.

Fue tan fácil, que durante unos segundos, la divina espía estuvo contemplando aquel pequeño muñequito, definitivamente roto, que yacía ante sus rodillas. Era una imagen tragicómica, pero, al pensar en todo lo que aquel hombre había tramado y dirigido, el resto de piedad desapareció del corazón de la espía.

Se puso en pie, salió de la cocina, y fue hacia la puerta de la casa. Pasó por encima del cadáver de Ming Pei, salió… y regresó en seguida. Se acuclilló junto al chino, lo registró, y encontró sus veinte mil dólares, que solía llevar en el doble fondo del maletín.

Con los fajos de billetes en una mano, fue al coche y se sentó ante el volante. Al mirar hacia la playa, vio, a la luz de las estrellas, los tres cuerpos que yacían sobre la arena. Más allá, en la abandonada lancha, estaba el desnudo cadáver de Ni Lian. El de Tsui Cheng había ido al fondo del mar… Y allá estaba el mar, con su eterno rumor, con su vida interminable.

Bajó la mirada en busca de las llaves en el contacto, y entonces vislumbró, a su derecha, sobre el asiento contiguo, algo que le llamó la atención. Una leve sonrisa inexpresiva apareció en sus magullados labios al identificar aquel objeto: su maletín.

—Nos vamos de aquí, compañero… —susurró—. La función ha terminado.

Este es el final

Míster Cavanagh detuvo la marcha del pequeño magnetófono, tras escuchar todo el informe. Miró a Brigitte Montfort, sentada al otro lado de la mesa, abstraída, fumando…

—Naturalmente —murmuró Cavanagh—, seguimos adelante con nuestros propósitos iniciales: saldrá elegido Emilio Palermo… Por esta vez, al menos, no será posible el comienzo de Chinamérica. Los chinos tendrán que esperar otra ocasión.

—Esperarán —susurró Brigitte—: tienen toda la paciencia necesaria.

—Pero por ahora, lo hemos evitado… Mmm… Bueno, no es que tenga importancia, es sólo curiosidad personal, entiéndame… Según mis informes, usted debía haber llegado ayer, no hoy.

—Ayer tuve que asistir a un triple entierro, en San Santo.

—¿Los Urrea?

—Lalito Urrea y su madre —rectificó ella—. El otro no me interesaba, no pensé en él. Era sólo un jugador… que perdió su apuesta al cometer traición. Es el pago de siempre. Pero, Simón —la espía miró fijamente a su jefe del Grupo de Acción—, ¿usted… usted entiende esto, comprende…? Un viejo espía tiene una gran idea y, para conseguirla, ordena asesinar a un niño que…

—¿Qué le parece si hablamos de otra cosa? —murmuró Cavanagh.

—¿Por qué?

—Porque es mejor que olvide lo sucedido, Brigitte… Usted no tuvo la culpa, y sabe desde siempre que en el espionaje sólo hay una cosa que importa: conseguir el objetivo. Olvide a ese viejo chino, olvídelo todo. Su trabajo ya ha terminado. Por cierto… ¿querría cenar conmigo?

—Hoy, no, Simón… —Intentó sonreír Baby—. Me siento cansada, triste, sucia… Me siento como si yo también fuese un ser

repugnante. Otro día… Cuando me visite en Nueva York.

—Muy bien. Supongo que no querrá ir a un restaurante chino, después de todo esto.

—¿Por qué no? —Baby se puso en pie—. La comida china es buena y agradable. Y el teatro chino es delicioso. Y todo ello puedo encontrarlo en Manhattan, no en *Chinamérica*. Hasta la vista, Simón.

FIN